

Marzo | 09

Ante la decadencia de Europa

**Problemas actuales, tendencias previsibles y
propuestas para su supervivencia**



Grupo de Estudios Estratégicos - Strategic Studies Group

Índice

INTRODUCCIÓN	3
POR QUÉ EUROPA ESTÁ ENFERMA	3
1. EL CÁNCER DEL RELATIVISMO EUROPEO	4
2. LA AUTOFAGOCITACIÓN EUROPEA	6
3. RELATIVISMO; CAMINO DE SERVIDUMBRE	8
1. LA DECANDENCIA EUROPEA HOY	11
1.1. LA DESERTIFICACIÓN DEMOGRÁFICA EUROPEA	11
1. UN DESIERTO GERONTOLÓGICO	11
2. EL BIENESTAR DESAMPARADO	12
3. LA INMIGRACIÓN NO ES SOLUCIÓN	13
1.2. LA CONQUISTA ISLÁMICA DE EUROPA	14
1. DESCONTROL ISLÁMICO EN EUROPA	14
2. CRECIENTE MARGINALIDAD	15
3. EL ASALTO A LA DEMOCRACIA EUROPEA	16
4. A FINALES DE SIGLO, EUROPA SERÁ MUSULMANA	17
1.3. EL AGOTAMIENTO ECONÓMICO EUROPEO	18
1. EUROPA NI TRABAJA NI PRODUCE	18
2. UNAS INSTITUCIONES POCO CREÍBLES	19
3. LA EUROPA AGOBIANTE Y EL BIENESTAR AGOTABLE	20
1.4. UNA EUROPA SUBORDINADA	22
1. HIDROCARBUROS: LA EURODEPENDENCIA	22
2. ESCASO AVANCE EN ENERGÍAS RENOVABLES	23
1.5. UNA EUROPA INDEFENSA	24
1. UNA EUROPA QUE SE RINDE	25
2. EUROPA COMO OBJETIVO A DESTRUIR	26
3. EL SUBMUNDO CRIMINAL	26
4. LA INVASIÓN SILENCIOSA	27
5. ¿UNIÓN EN LA INSEGURIDAD?	28
1.6. LA EUROPA QUE DEAMBULA POR EL MUNDO	29
1. LA SOLVENCIA NORTEAMERICANA	29
2. LA BOMBA ISLAMISTA	30
3. EL LEVANTAMIENTO ASIÁTICO	31
4. LA INESTABILIDAD DEL ESTE	31
5. EUROPA, FUERA DE JUEGO	32
2. EUROPA, AÑO 2050	33
1. EL MUNDO EN EL 2050	33
2. LA EUROPA ISLÁMICA O “EUROPEISTÁN”	35
3. LA MUERTE LÚDICA O “EUROTITANIC”	36
4. EL “GRAN HERMANO” EUROPEO	37
5. EUROLANDIA	38
3. LEVÁNTATE, EUROPA	40
DIEZ NECESIDADES PARA LA EUROPA FUTURA	40
POST SCRIPTUM:	45
CRISIS FINANCIERA: COMO LAS INSTITUCIONES EUROPEAS PROFUNDIZAN EN LA DECADENCIA EUROPEA	45

INTRODUCCIÓN

POR QUÉ EUROPA ESTÁ ENFERMA

La crisis económica de 2008 ha llenado los medios de comunicación de titulares sombríos y amenazadores sobre la crisis financiera que se extiende por Occidente. “Crash”, “Crisis”, “Pánico”, “fin de una era” son titulares que se repiten en periódicos y televisiones. Pero por importante que sea el problema, Europa no va a cambiar porque lo hagan sus mecanismos financieros, bancarios o incluso económicos; El continente resolvió, con más o menos problemas, las crisis de 1929, 1973 o 1979, sin dejar de ser Europa: La Europa de 1989 no era la misma que sesenta años antes, pero en cualquier caso era Europa. En los próximos decenios, no serán el futuro de las hipotecas, la venta de activos o las fusiones bancarias las que cambien la faz de Europa. El carácter histórico de estos hechos, por graves que sean, es en sí mismo limitado.

De igual manera, otros asuntos por sí solos tampoco constituyen un problema insuperable para Europa. La radicalización constante de la población musulmana puede más o menos controlarse con un Estado de derecho fuerte y eficaz. Los atentados terroristas asesinan europeos, pero los terroristas pueden perseguirse, detenerse y ser condenados. Los reveses militares o las amenazas pueden también ser superados, como lo han sido en el pasado. Los problemas administrativos o la parálisis institucional entorpecen el día a día de los europeos, pero no ponen en peligro su modo de vida ni la base fundamental de su cultura. En sí mismos, ninguno de estos problemas suponen una amenaza para la Europa del año 2050.

¿Dónde está entonces el problema? En el panorama general europeo. Tenemos la percepción de que cada problema nos remite constantemente a los demás. La crisis económica nos remite a la excesiva dependencia de los ciudadanos de los poderes públicos, a la irresponsabilidad en el gasto de unos y otros, a la disolución de la ética del trabajo y del esfuerzo. A su vez, esto nos remite a la sobrecarga de los servicios públicos, al abuso del Estado de Bienestar, lo que nos remite al problema de la inmigración masiva, de la delincuencia y del multiculturalismo. Éste nos recuerda fácilmente que Europa es víctima de un relativismo autodestructivo, que los europeos creen cada vez menos en el bien y el mal, lo que tiene como consecuencia una diplomacia y una estrategia del apaciguamiento que hacen que, cada día, Europa cuente menos en el mundo. Esta falta de confianza en Europa, a su vez, remite al principio, a problemas de confianza institucional, de fiabilidad financiera, y de crisis económica. Cada reto, por sí mismo, no plantea un problema excesivo. Es el conjunto lo que muestra una situación aparentemente irresoluble.

El panorama europeo a comienzos del siglo XXI muestra todos los síntomas de un crash civilizacional: Una crisis que afecta no a la economía o a las instituciones europeas, sino a la cultura europea en todas sus manifestaciones. La crisis financiera y económica actual que afecta a Occidente es sólo la manifestación de una profunda crisis de principios, valores e ideas. Una crisis intelectual y moral que afecta a los ciudadanos europeos, a su sociedad y a sus instituciones, sin distinción alguna. Una crisis que contiene elementos comunes a crisis anteriores, pero que también posee elementos nuevos más preocupantes, y en relación con los que podemos afirmar que es el destino de Europa tal y como la conocemos el que está en juego. Europa no tiene crisis; ella misma está en crisis. Y por eso esta es la crisis que debe preocuparnos, porque de ella dependen todas las demás. Veamos su causa.

1. El cáncer del relativismo europeo

El problema principal que afecta a Europa no es ni económico ni institucional, sino cultural, y dentro de cultural, intelectual; el deslizamiento progresivo de la cultura europea hacia el relativismo racional, moral e ideológico, y el rechazo a la posibilidad de encontrar verdades y comportamientos objetivos. Europa tiene un cáncer: el pensamiento débil. Es un escepticismo compartido acerca de la capacidad del ser humano para conocer el mundo que le rodea y establecer unas normas de comportamiento público y privado dignas de ser seguidas. Es la razón europea la que está enferma, y con ella la argumentación lógica, la búsqueda rigurosa de causas y consecuencias, la elaboración de teorías consistentes con pretensión de veracidad, y la renuncia a las obligaciones morales que de todo ello se deduce.

La cultura europea, en todos sus ámbitos, está renunciando a un conocimiento objetivo y se conforma con verdades subjetivas, individuales y parciales. Instituciones, medios de comunicación y ciudadanos han caído en la creencia en que todo es relativo y todo vale lo mismo. La falta de ambición por conocer la verdad tal y como es paraliza empresas, ciudadanos e instituciones. Y es que los principios mueven a la acción. Cuando no se cree en nada, no merece la pena hacer nada. Y no se hace. Uno de los graves problemas de Europa es que los europeos están haciéndose perezosos y pasivos. Por eso Europa se para, por esta falta de ambición teórica y esfuerzo intelectual consecuencia de creer que todo es relativo y todo vale igual. Esta apatía intelectual se ha extendido a todos los ámbitos de lo social, y explica que en materia económica, institucional, artística, social o cultural Europa esté cada vez más anquilosada.

La primera víctima del siglo XXI europeo es el discurso racional y lógico. Puede discutirse cuando comenzó a derrumbarse, pero no el hecho de que es ahora cuando en peor estado se encuentra. Políticamente, está siendo sustituido por el emotivismo, el sentimentalismo o la poesía moral. La caída de la argumentación racional va acompañada por la exhibición de

sentimientos. Hoy en día en Europa uno no “piensa” que algo esté bien, sino que “cree” o “siente” que está bien, y se considera dogmático ir más allá de esto. Pero los sentimientos son absolutamente subjetivos y no son racionales. Y si los valores y la idea del bien no pueden razonarse, entonces el razonamiento ético y político deja de tener sentido. Hoy en Europa, la discusión sobre lo bueno y lo malo, la verdad o la mentira es una falsificación: simplemente se superponen experiencias personales y subjetivas, que ni obligan ni convencen a nadie.

El primer problema de Europa no es ni el apaciguamiento, ni la excesiva regulación económica ni la corrupción de sus instituciones. Es la extensión de la creencia de que todo es relativo y subjetivo. Se extiende la idea de que la verdad es exclusivamente individual, lo que equivale a decir que la verdad no existe. Las primeras culpables de esta situación son las élites políticas e intelectuales europeas, que impulsan este punto de vista, reduciendo todo a una simple valoración personal, por un lado, y a una forma atractiva de exponerlo, por otro. En relación a la moral, la consecuencia inmediata de esta renuncia a la objetividad es la dificultad de distinguir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto.

Hoy en Europa se habla mucho de moral, se crean comités de ética para políticos, médicos o periodistas, pero el discurso moral es inexistente. Puesto que los europeos no creen que el bien y el mal sean algo objetivo, son incapaces de ponerse de acuerdo sobre qué hacer y qué no: Es imposible, pero los europeos se engañan con palabrería ética. Para ellos, cada vez más todo es relativo: los valores morales y políticos dependen de la cultura, de las experiencias personales o de la religión que se profesa, pero ni pueden defenderse más allá de uno mismo ni obligan a nada. Es una ética contra la ética: Se afirma que el bien depende de cada uno, pero si esto es así, entonces el bien, simplemente, no existe. Y el bien común no será más que el bien del que mejor argumenta, del más hábil o del más fuerte. Esto es lo que cada día se experimenta en la vida pública.

Escepticismo intelectual y relativismo moral. He aquí el cáncer que corroe a la sociedad europea. Si el comportamiento bueno o malo depende del individuo, entonces no hay motivo para no tratar de burlar las reglas de los mercados financieros, tratar de engañar a los electores o utilizar las instituciones privadas y públicas en provecho propio. Esta supuesta tolerancia del relativismo esconde en verdad un despotismo antidemocrático y antieuropeo.

Esto explica la crisis institucional europea; crisis local, nacional y comunitaria. En el pasado europeo, la ley trataba de ajustarse a un bien objetivo y una verdad inmutable. Es una verdad incuestionable: No se respeta la ley por miedo, sino por convencimiento. Si no se cree que las leyes deban cumplirse porque son buenas, entonces no se cumplirán. Si se cree que una ley vale igual que otra, entonces no se elaborarán, y si se hace, será sin

convicción alguna: Esto es lo que se detecta en la deriva de las instituciones comunitarias, por ejemplo. Y lo malo es que este relativismo no es neutro ni inofensivo: Enferma del cáncer del relativismo, Europa no sólo no avanza, sino que corroe sus propios fundamentos racionales y éticos. Europa se está autofagocitando.

2. La autofagocitación europea

En los últimos tiempos, Europa se está devorando a sí misma y a su régimen democrático. La democracia es posible porque Europa comparte una serie de valores comunes que se consideran objetivos y verdaderos. El pluralismo presupone la existencia de éstos valores, de una herencia común a todos aquellos que participan de la comunidad de estados europeos. La pluralidad política sólo tiene sentido desde la unidad moral. Pero la primera consecuencia del cáncer relativista en relación con el futuro europeo salta a la vista: Si los europeos no creen en el valor absoluto de sus valores e instituciones ¿por qué no dejar que se cambien con otros criterios? Si todo da igual, ¿por qué no otros regímenes políticos? ¿por qué no la sharía? ¿Por qué preservar y cuidar sus instituciones y no abandonarlas a su suerte? ¿por qué no probar con otra cosa?

Si los europeos no creen que su cultura sea racionalmente buena y digna de defenderse, abrirán las puertas del continente a cualquiera que quiera acabar con ella. La renuncia a tener hijos, los bajos presupuestos dedicados a defensa o la desidia ante la inmigración ilegal son posibles porque Europa ha dejado de creer que tiene un patrimonio moral e institucional digno de ser cuidado, expandido y defendido. Hacen que Europa deambule sin rumbo fijo, sin saber si debe defenderse o no, sin saber qué debe hacer para mejorar, porque no sabe exactamente si tiene algo digno de defenderse o mejorarse.

Hoy, la cultura europea tiene enemigos, que se aprovechan del descreimiento europeo y de su relativismo moral e intelectual para socavar su moral. La burla al Estado de derecho en nombre del multiculturalismo o el auge de la censura en Europa -promovida por el islamismo- son posibles porque los europeos están dejando de creer en la bondad de sus principios, y en la necesidad de mantenerlos. Y si estos caen, caerán también sus instituciones políticas y jurídicas.

Pero el enemigo no es sólo externo a Europa. Si la verdad, los valores y la idea del bien común no pueden razonarse y jerarquizarse, entonces el razonamiento político se falsea. La razón política pasa a convertirse en una razón instrumental cuyo objetivo es convencer, engañar o engatusar a los ciudadanos. Por eso la política europea hoy se agota exclusivamente en el corto plazo, pues se ha renunciado a defender una concepción histórica de Europa que vaya más allá de las necesidades momentáneas. Por eso la política europea se está convirtiendo en puro pragmatismo. Más allá de las próximas elecciones o sondeos, no hay ideas ni ideales que merezcan la pena.

Si no hay verdad no hay verdad europea, y sin ésta no hay Europa presente ni futura. Hacia dentro, la falta de liderazgo político de las instituciones hace que pierdan credibilidad y respeto. Hacia el exterior, el liderazgo europeo en el mundo se disuelve, puesto que su diplomacia deja de ser fiable. En ambos sentidos, el liderazgo político se caracteriza por reconocer la personalidad histórica europea; por asumir objetivos y verdades comunes para todos los europeos; por no desentenderse de la Europa futura; y por entender que la política, las instituciones y los partidos son instrumentos de los que nos valemos para llevar a cabo esa misión histórica. Hoy resulta evidente que todo ello se está desmoronando ante nuestros ojos.

Con el relativismo instalado en las elites intelectuales y políticas, Europa tiene un lastre que tira de ella hacia abajo. Rechazan la herencia histórica, política y cultural recibida; se muestran incapaces y desinteresados en pensar Europa como futuro. La consecuencia de esta mentalidad es demoledora. La falta de convicciones tiene como consecuencia la ausencia de acción y decisión política de toda una generación de intelectuales, de periodistas o de políticos. La respuesta de todos a los peligros que se le presentan es la pasividad, la espera a que se resuelvan solos o a que alguien los solucione por ella. Hemos visto esta actitud europea en las crisis de los Balcanes, de Sudán, de Georgia, en la guerra contra el terrorismo o en la crisis económica. Europa cada vez está dispuesta a hacer menos por sí misma y por los demás.

La cosa va, sin embargo, más allá de la simple incapacidad y parálisis histórica. El relativismo moral europeo no es un estado estable, sino una fuerza poderosa. Tiene una lógica propia, que lleva a una paulatina eliminación de cualquier valor objetivo: el relativismo acaba por combatir todo aquello a su alrededor. El relativismo es tóxico en el peor sentido. Es decir, desemboca en nihilismo: acaba combatiendo y aniquilando cualquier concepción positiva de la verdad y del bien. Persigue al pensamiento fuerte, y con el argumento de la tolerancia, busca acabar con él.

Sin defender valores universales, con una moral relativista se abre la puerta a propuestas inhumanas y bárbaras. En Europa están surgiendo iniciativas a favor de la legalización de la pederastia, la poligamia, la zoofilia. Se concibe el aborto como un derecho inalienable de la mujer, y se afirma que el Estado tiene el deber de matar a los más viejos. Todo con el sólo argumento de la liberación total y absoluta, del individualismo simple y radical. Este nihilismo no sólo no reconoce los valores europeos, sino que tiende a destruir cualquier vestigio valorativo: afirma el fin de los grandes ideales mientras los persigue y los combate.

Hoy en día, cualquiera puede proponer en Europa cualquier aberración irracional apelando al “por qué no”, a la libertad, al derecho. Lo vemos a diario en la televisión, en los parlamentos, en la calle. No se trata sólo de un

pensamiento light, sino de un pensamiento caníbal. Dice hablar en nombre de la libertad mientras persigue a quienes la conciben como algo más que elección arbitraria. Europa se encuentra en el camino de la autodestrucción moral, y este suicidio se llevará por delante las libertades europeas.

3. Relativismo; camino de servidumbre

La consecuencia de este clima moral es la indiferencia de los ciudadanos ante la vida pública y ante las instituciones; no digamos ya ante lo que ocurre por el mundo. Si la opinión del europeo acerca de lo que es y debe ser Europa es algo sólo subjetivo, su participación en el debate público carece de sentido. Si lo que él cree que está bien o mal, permitido o no, sólo le pertenece a él, ¿para qué quiere un sistema democrático? Si todo lo que opine el ciudadano europeo es sólo subjetivo y particular, ¿qué sentido tiene un régimen parlamentario y electoral? Y al mismo tiempo, si todos son iguales ¿porqué no probar con regímenes distintos? ¿porqué no probar con un régimen islámico?

Desvinculado de los asuntos públicos, indiferente al destino de la política, el europeo vive cada vez más encerrado en su propio mundo, dedicado a sus asuntos e indiferente a la suerte de los demás. Y se le obliga a eso en nombre de la tolerancia. Con el paso del tiempo, la política quedará al margen de las decisiones del ciudadano de a pie, porque desde esta mentalidad él no será nadie para proponer fines. Esta concepción de la libertad como algo vacío no sólo está limitada, sino que es profundamente contraria al espíritu liberal y democrático europeo, que exige unos ciudadanos activos, con fuertes creencias y con principios insobornables.

Pero la ruptura entre la creencia privada y la actividad pública es imposible. Si desaparecen los valores tradicionales europeos, otros ocuparán su lugar. Y en este momento vemos dos sustitutos. En primer lugar, el relativismo europeo, que es en el fondo un falso equivalente de la religión. En realidad presenta una concepción dogmática del bien, pero que se presenta como democráticamente indiscutible. Es el caso de las posiciones laicistas, en realidad una religión civil: obliga a las creencias morales y religiosas a permanecer en el ámbito privado y lo hace en nombre de la democracia, la tolerancia y el consenso. Pero el laicismo no es en absoluto neutro, propone su propio bien, sólo que al constituirse en nombre de la convivencia y de la democracia, no admite discusión ni oposición. Este tipo de relativismo presenta un discurso despótico y antidemocrático.

Este tipo de creencias considera dogmático a quien tenga principios al margen de la sociedad. Quienes defienden al cristianismo se son considerados antidemocráticos. Quien defienda el uso de la fuerza para defender la seguridad europea es considerado un criminal. Ya lo son Israel o Estados Unidos. Pero aquí también hay un engaño: este relativismo agresivo utiliza la fuerza, sólo que de manera distinta. Hoy en Europa se están creando

ya nuevos disidentes, todos aquellos que defienden unas ideas y unos valores que, para mayor paradoja, son los típicamente europeos. Es decir, aquellos que han hecho de Europa un ejemplo en lo político, en lo social y en lo económico.

Hay un segundo conjunto de valores que pueden llenar el hueco dejado por el tradicional humanismo europeo. Se trata del islamismo en sus distintas variables, desde el más moderado al más radical. Una vez vacías las conciencias europeas, una vez desgajados los niños europeos de la historia, la religión y la cultura del Viejo Continente, abrazarán la cultura que muestre mayor actividad y dinamismo. Y según las tendencias demográficas e ideológicas, con el paso del tiempo será la islámica. Así, los valores que guiarán la vida de nuestros hijos serán distintos, e incluso contrarios, a los valores que han guiado la vida de nosotros y de nuestros abuelos.

Esta deriva europea, esta crisis moral e intelectual, no sólo no se arregla desde las instituciones europeas, sino que éstas profundizan en ella. El atasco institucional europeo no es ajeno a este relativismo desquiciante: hoy no son las instituciones europeas las que se ponen al servicio de los valores presentes en la sociedad, sino que se pretende que sea la sociedad la que se acomode a los valores que se le imponen desde el poder. La masiva burocratización institucional europea, la extensión de este pensamiento light, allana el camino para un futuro despótico en Europa. Quien tenga el poder dentro de cincuenta años, partidarios de la religión civil o de la religión islámica, buscará dominar las mentes y los corazones de los europeos. Y tendrá los instrumentos necesarios para ello. No es exagerado decir que Europa camina firme hacia el despotismo democrático o hacia el totalitarismo islamista.

Desgraciadamente, la posibilidad de un despotismo sobre el solar europeo crece cada día. O los europeos reaccionan, o su futuro estará entre ambas perversiones. ¿Qué relación establecer entre ambos despotismos? Es posible que el relativismo, el nihilismo y el materialismo europeo terminen por contaminar a los musulmanes europeos como ya lo han hecho con los europeos nativos. El islamismo puede perder fuerza mediante la contaminación de la crisis europea. Pero es más fácil que ocurra lo contrario. El laicismo puede ser lo suficientemente fuerte como para conseguir que Europa reniegue de si misma, pero no lo será cuando tenga en frente doctrinas y valores que lo consideren herético y que no duden en usar la violencia para combatirlo. Ante el fundamentalismo islámico, el relativismo tiene todas las de perder.

Pero hoy en día, relativismo e islamismo caminan juntos. Convertir a un continente entero necesita, en primer lugar, vaciarlo de creencias. En este momento, el laicismo progresista es compañero de viaje del islamismo. La gran parte de la izquierda europea y buena parte de la derecha, hacen el juego sucio al islamismo; destruyen el ethos cultural europeo, hacen tabula

rasa moral e intelectual. No es de extrañar que grupos y gobiernos islamistas jaleen y promuevan la expulsión del cristianismo de la vida pública, la extensión del matrimonio homosexual o la equiparación del cristianismo con todo tipo de sectas. Su estrategia es clara, y sólo es cuestión de tiempo que Europa quede lista para recibir la fe islámica. Una campaña que se apoya tanto en la crisis de valores citada como en la demografía.

No hay duda de que la Europa de dentro de cincuenta años será distinta a la Europa actual y a la Europa de hace cincuenta años. No por una crisis económica, un enfrentamiento armado o unos cambios institucionales. Es la cultura europea la que está hoy en juego más que nunca, porque nunca como hasta ahora ha sido discutida, atacada y menoscabada desde el interior de la propia Europa. Por primera vez en toda su historia, los europeos odian su cultura y su civilización, hasta el punto de dejarla morir y caer en manos peligrosas.

No es nueva la idea del cambio cultural, puesto que Europa ha pasado por múltiples vicisitudes culturales y sociales en su historia. Tampoco es nueva la idea de un colapso civilizacional que interese a historiadores y antropólogos. Lo preocupante para las sociedades democráticas es la conclusión de todo esto: Los hijos de los europeos de hoy no gozarán ni de las libertades, ni del bienestar económico de los que gozan sus padres hoy. El análisis de la deriva europea, en sus principales variables, señala insistentemente en esa dirección. Veámoslas.

1. LA DECANDENCIA EUROPEA HOY

1.1. La desertificación demográfica europea

Nadie duda de que los europeos hoy gozan de un bienestar envidiable. Pero hay un problema: su relativismo y su despreocupación hacen que sólo se preocupen del presente sin pensar en el futuro. Los europeos se han vuelto hedonistas como nunca. No quieren trabajar, no quieren esforzarse, no quieren preocupaciones en su vida presente. La primera consecuencia de esto es que se muestran incapaces de pensar en las nuevas generaciones; por lo tanto, hoy no tienen hijos, y los que tienen resultan insuficientes para lograr el reemplazo generacional. Hemos hablado de crisis moral, pero las proyecciones demográficas europeas bastan por sí solas para mostrar como, de no cambiar las cosas, la Europa de dentro de cincuenta años habrá dejado de contar en el mundo. Las cifras no dejan lugar a dudas: Con poca población, saturada de ancianos, sin población en edad de trabajar, con el estado de bienestar en entredicho, Europa se convertirá en un desierto demográfico.

1. Un desierto gerontológico

Los europeos de hoy tienen menos hijos que nunca. La tasa de reemplazo - que es la que hace viable una sociedad- está en 2,1 hijos por mujer. Pero en Europa hoy se encuentra entre el 1,4 y el 1,5. Esto significa que los europeos ya a día de hoy son incapaces de garantizar el reemplazo de la población en sus países; es la única región del mundo que no lo hace. Los europeos que nazcan serán insuficientes para reemplazar a los que mueren, y las proyecciones demográficas indican que nada de esto va a cambiar. Los europeos de hoy parecen no darse cuenta, y sus instituciones lo ocultan o minusvaloran, pero esto traerá dos consecuencias demográficas inevitables. En primer lugar, un envejecimiento masivo de la población, derivado también de la alta esperanza de vida. Y en segundo lugar, una pérdida de habitantes sin precedentes.

Respecto a lo primero, Europa va camino de ser una gerontocracia. Hoy, la media de edad de los europeos es de 39 años, ya la superior del planeta; en el año 2050 será de 47 años. En el año 2004, había en Europa 18 millones de personas mayores de 80 años; en el 2050 serán más del doble, 50 millones. Cada vez habrá menos jóvenes y más mayores. El porcentaje de mayores de 60 años se doblará; el de aquellos en edad de trabajar disminuirá. Y respecto a lo segundo, Europa se está despoblando y lo hará más aceleradamente en el futuro. A partir del año 2010, el crecimiento natural europeo será negativo; a partir de ese año morirán más europeos de los que nacerán. En estas

condiciones, hacia el año 2050 Europa habrá perdido más de 80 millones de habitantes¹.

Las tendencias demográficas dicen que este siglo será el de la ancianidad y despoblación de Europa. La crisis demográfica afectará a otras regiones, pero en el caso europeo será especialmente grave. Mientras Europa se despuebla y envejece, otras regiones mundiales acrecentarán su población y mantendrán una media de edad más joven.. La población europea hoy representa cerca del 11% de la mundial; en el año 2050 será la mitad, el 5,2%. Esto afecta a todo Occidente, pero a Europa con especial gravedad: Mientras Estados Unidos pasará de 339 millones de habitantes a 460, Europa descenderá de 731 a 626 millones². En relación con el resto del mundo, la población europea contará la mitad.

Hoy está de moda hablar de los recursos humanos. Pero los europeos no se dan cuenta de que este recurso se está perdiendo y dilapidando. De no cambiar las cosas, a lo largo del siglo XXI los europeos no sólo serán pocos y viejos, sino que serán una minoría en el mundo. No podrán impulsar su continente hacia adelante, sencillamente porque no habrá suficientes europeos para hacerlo. Y los pocos que queden, serán más viejos. Pero al mismo tiempo, el mundo no se parará porque lo haga la población europea. Lo que ocurrirá es que ésta dependerá de lo que ocurra en otras regiones como nunca en la historia ha ocurrido.

2. El bienestar desamparado

La primera consecuencia de la crisis demográfica será económica: Europa no funcionará económicamente con una población envejecida y disminuida. Y un buen funcionamiento económico, el bienestar social será insostenible. Los europeos hoy se sienten orgullosos de sus derechos sociales. Pero en el año 2050, habrá 52 millones de europeos menos en edad de trabajar que hoy. Sin ellos, la producción se reducirá, y con ella los ingresos para gastos sociales. No sólo eso: Habrá menos europeos que aporten ingresos, pero al mismo tiempo, habrá 58 millones de personas más en edad de jubilación. Con una esperanza de vida alta, habrá más europeos que gasten que hoy. La Unión Europea pasará de tener 4 personas en edad de trabajar por cada ciudadano jubilado, a tener sólo dos.

Hoy los europeos se felicitan de sus logros sociales. La falta de ímpetu moral les ha hecho pedirlo todo al Estado y no preocuparse de nada más. Pero esta situación de seguridad, bienestar y bonanza social será imposible de mantener conforme avance el siglo. Los hijos de los europeos de 2008 no gozarán en su vejez del bienestar del que hoy gozan sus abuelos. Y ello por una sencilla razón demográfica: No habrá población joven que pueda costear

los gastos de pensiones o salud que hoy a los europeos les parecen lógicos y normales.

Si la deriva europea se mantiene, dos elementos formarán un cóctel explosivo. Por un lado, la progresiva dependencia de los europeos de los poderes públicos: Nunca como hoy los europeos han tenido mayor bienestar, y nunca como ahora han protestado tanto. Lo tienen todo y siguen exigiendo al Estado que les de más cosas. Son cada vez más irresponsables, y demandan y exigen cada vez más pensiones o subsidios públicos. Y sobre todo, los europeos no están dispuestos a realizar reformas y sacrificios para mantenerlos.

Este hedonismo moral chocará violentamente con el segundo elemento, la merma de ingresos resultante de la desertificación demográfica del continente. Los europeos querrán mantener el mismo bienestar económico y social del que gozan hoy en día, pero será matemáticamente imposible cumplirlo. Con una población activa reducida y una población cada vez más vieja, las demandas no tendrán ninguna posibilidad. No importa cuanto protesten los europeos, cuanta conflictividad social pueda generarse; si han depositado todas sus responsabilidades en el Estado, quedarán desamparados.

3. La inmigración no es solución

Los europeos no ven este problema. Más aún, no quieren verlo. Buscan soluciones fáciles que eviten tomar medidas. Así es como afirman que la inmigración es una solución mágica ¿Evitará ésta estos problemas demográficos y económicos? En primer lugar, Europa recibe una cantidad importante de inmigrantes pero este número resulta insuficiente para solventar el problema, que será de una magnitud demasiado elevada. En segundo lugar, aunque el número de inmigrantes llegara a ser lo suficientemente alto como para compensar el suicidio demográfico europeo, éstos no escaparán a los problemas morales del continente, incluida la tendencia a no tener hijos y a exigirlo todo del Estado. Es decir: Conforme envejeczan y exijan para sus familias todos los beneficios del estado de bienestar, su gasto aumentará, su aportación disminuirá y se convertirán en parte del problema.

A corto plazo, la aportación de inmigrantes reduce problemas de financiación de la seguridad social o las pensiones. Pero esto es un espejismo. Primero, porque genera numerosos problemas en educación y en sanidad, sectores cada vez más desbordados ante el aumento desequilibrado de población. El discurso oficial europeo contrasta con la experiencia diaria en hospitales y escuelas. Al final, teniendo en cuenta la relación entre su aportación al PIB y su gasto, puede concluirse que los inmigrantes añaden poco o nada al PIB per cápita de un país. Además, no está del todo claro que sin inmigración la economía se estanque; en realidad, las economías europeas que reciben

inmigrantes ya crecían antes de esta llegada masiva. La inmigración será un factor más, pero no será el factor que salve a Europa de su desmoronamiento demográfico.

En relación con la demografía, la confianza en que la inmigración solucionará todos los problemas impide afrontar con realismo los problemas demográficos. Más aún; la inmigración se ha convertido en coartada institucional para evitar afrontar el problema demográfico europeo, y sus consecuencias económicas y sociales. La inmigración en sí misma ni soluciona ni empeora problemas. Depende de las circunstancias. Y en las circunstancias demográficas actuales de Europa, puede concluirse que, en primer lugar, no solucionará los problemas del Estado de Bienestar europeo, que son anteriores e independientes de ella. Y en segundo lugar, creará nuevos problemas que agravarán la situación.

No cabe ninguna duda: de continuar la deriva demográfica europea, dentro de cincuenta años el continente será un desierto de población, poblado de ancianos y notablemente más pobre de lo que es hoy.

1.2. La conquista islámica de Europa

Los europeos se engañan con la bondad intrínseca de los flujos migratorios: en sí mismos, éstos no son ni buenos ni malos. Todo depende de las circunstancias, tanto de las de origen como de las de destino. A veces, la inmigración proporciona soluciones; otras, crea problemas. En el caso de la inmigración islámica hacia Europa, su asociación con movimientos yihadistas y la agresividad de muchas comunidades islámicas hacia la sociedad de acogida, puede afirmarse que constituye uno de los riesgos más peligrosos a los que se enfrentará Europa en los próximos decenios.

1. Descontrol islámico en Europa

La población europea disminuye y envejece; los europeos cada vez tienen menos hijos. Al mismo tiempo cada vez llegan más inmigrantes musulmanes a Europa, y éstos tienen de media tres veces más de hijos que los primeros. En los últimos treinta años, la población musulmana en Europa se ha doblado, y hoy crece aceleradamente. No está claro cuál es el número de musulmanes en Europa. Algunos estudios hablan de 25 millones. Otras cifras hablan de más, de 35 o 50 millones. Ni se sabe con seguridad ni los europeos parecen alarmados por no saberlo. Según la Unión Europea, al año llegan al continente 1 millón de inmigrantes musulmanes legales, y unos 500.000 ilegales. Pero estas cifras son poco creíbles, y se da por hecho que se quedan cortas.

Esta es la primera característica de la inmigración musulmana en España; su crecimiento constante y descontrolado. En el año 2050, aproximadamente el 20 por ciento de la población europea será musulmana, según las predicciones más a la baja. Otras predicciones estiman que en el año 2025 uno de cada cuatro franceses será musulmán, y que a mediados de siglo los musulmanes podrían ser mayoría en toda la Europa occidental. Es decir, según las proyecciones, dentro de cincuenta años entre un 30 y un 50% de los europeos serán musulmanes. El peso se hará notar en escuelas, hospitales, universidades e instituciones políticas, judiciales o policiales. Tanto si tomamos unas u otras proyecciones demográficas, una cosa está clara; a finales de siglo Europa será musulmana, y la vida social, cultural y económica en el continente no tendrá nada que ver con la de los últimos siglos.

2. Creciente marginalidad

La segunda característica de la inmigración islámica actual es su creciente marginalidad. El desarrollo de políticas multiculturales ha creado comunidades islámicas cerradas y aisladas de la sociedad. Cerradas religiosamente, culturalmente, económicamente, allí no llegan los mecanismos del Estado de derecho, y los radicales campan a sus anchas. En ellas se inserta el inmigrante musulmán cuando llega a Europa. Su futuro queda sometido a lo que le marca el grupo, sin tener una oportunidad fuera de las directrices que salen de la mezquita del barrio. Y su número aumenta: representan más del 25% de la población en Marsella, el 15% de la de Bruselas y París, y el 10% de la de Ámsterdam.

La experiencia demuestra que el multiculturalismo ha demostrado tener efectos perversos: fuerza a los jóvenes a pertenecer al grupo, a no poder salir de él, a ver determinado su futuro por su situación actual. Con el objetivo de respetar culturas y religiones, el multiculturalismo ha acabado por crear sociedades cerradas en el corazón de las sociedades abiertas. En estas sociedades cerradas el joven musulmán acaba en la pobreza, la marginalidad y la frustración, delinquiendo o, en último término, radicalizándose. Por eso las encuestas de opinión muestran que muchos musulmanes de segunda o tercera generación muestran rechazo hacia la sociedad; ésta, con la excusa de respetar su cultura, los encierra en guetos culturales, donde se frustran y radicalizan.

Esta falta de eficacia europea contrasta con el modelo norteamericano. Éste se ha demostrado más eficaz, y proporciona a los musulmanes la posibilidad de integrarse de verdad en la sociedad y progresar en ella. En Europa, los musulmanes no se sienten integrados, tienen un bajo nivel cultural y acceden a puestos de trabajo de baja calidad. Mientras, 2.5 millones de ciudadanos musulmanes se sienten integrados en la sociedad norteamericana, su nivel educativo es alto y acceden a puestos de trabajo de alta cualificación profesional.

Los inmigrantes son los que sufren en primer lugar la política multicultural y de falta de control sobre la entrada en Europa y la pertenencia a comunidades islámicas. El musulmán en Europa es más pobre, más marginado y más susceptible de radicalizarse que en Estados Unidos. Y la diferencia es que con la política multicultural, en Europa no es el inmigrante el que debe someterse a la ley, sino que es la ley la que se somete al inmigrante. Lo que nos lleva a un problema político importante.

3. El asalto a la democracia europea

El incumplimiento de las leyes cuando se trata de la inmigración islámica tiene otra consecuencia: la falta de respeto a la ley. Cuando no se cumple la ley, los islamistas se refuerzan, la incumplen aún más, y su ejemplo arrastra a más personas a unirse a ellos. Es lo que ocurre en las comunidades islámicas europeas. La ausencia de la ley crea una dictadura en el interior, que tarde o temprano afecta al resto de la sociedad en forma de violencia terrorista o disturbios callejeros.

Es así como actúa el islamismo. En temas culturales o sociales, usan la ley contra la ley, las ventajas democráticas para socavar la democracia. Lo grave es que no niegan que su interés es islamizar Europa, ante la permisividad europea. Como ellos mismos han pronosticado, os ganaremos con vuestras leyes, pero os gobernaremos con las nuestras. No ven la democracia como un fin, sino como un medio para instaurar otro sistema político.

Así se entiende el apoyo de los grupos islamistas a la “nueva izquierda” europea. La izquierda europea, con el silencio de la derecha, está llevando a cabo un ataque contra las tradiciones, los valores y los fundamentos institucionales de occidente. El multiculturalismo es el instrumento utilizado para atacar la base moral del ordenamiento jurídico europeo, y con el de la propia ley. Y por esto cuenta con el apoyo de los islamistas, que aspiran a eliminar el orden democrático-liberal para sustituirlo por la ley islámica. No cabe duda de que la actitud de la izquierda europea ante la ley y las instituciones democráticas, es uno de los factores de islamización de Europa.

Apoyados en una demografía en auge y en un radicalismo cada vez más extendido, los musulmanes europeos exigen cada vez más concesiones. Hoy ya exigen un doble sistema jurídico, la sharía para los musulmanes y la ley para el resto; de hecho, esto ya ocurre en algunos barrios de mayoría musulmana. Pero sólo es el principio. Poco a poco, las instituciones europeas están cediendo, dándoles nuevas fuerzas para seguir erosionándolas en el futuro. Con una moral europea cada vez más débil y unas exigencias islámicas cada vez mayores, no cabe duda de que es cuestión de tiempo que quieran imponer la ley islámica en todo el continente. Y siendo más, nada se lo impedirá.

Cuanto más cede el Estado de derecho, más discriminados se sienten los musulmanes. Si en 1999 se sentían discriminados el 35%, en 2006 lo sentían el 80%. En Alemania, el gobierno estima que 32.000 de los 3.4 millones de musulmanes son extremistas, y están activos en 24 grupos radicales; 3.000 se consideran violentos y 300 peligrosos. Cuánto menos se cumple la ley y se persigue comportamientos ilegales, más crece el sentimiento de discriminación y el extremismo. Cuanto más permisivos son los Estados con el radicalismo, éste se extiende y se hace más peligroso. Los islamistas se están valiendo de inmigrantes de segunda generación, que se supone que deben estar ya integrados, y del vacío legal, para atacar los cimientos democráticos de Europa.

4. A finales de siglo, Europa será musulmana

Los europeos no se casan o se casan tarde, y no tienen o tienen pocos hijos. En unos años serán pocos y viejos. Por el contrario, los inmigrantes musulmanes se casan pronto y tienen un número alto de hijos. Los europeos serán cada vez menos y más viejos; los musulmanes serán cada vez más y más jóvenes. Al mismo tiempo, los europeos creen poco en el valor de sus principios sociales; los musulmanes creen absolutamente en los suyos. Mientras los primeros son permisivos y tolerantes con la falta de respeto a la ley, en las comunidades islámicas dominadas por fundamentalistas, no se permite la disidencia, y se castiga duramente. En Europa, la permisividad europea contrasta con la actividad proselitista islamista. Ésta cada vez es más violenta, y en el futuro lo será aún más.

La consecuencia es que las comunidades islámicas son autoritarias hacia el interior y agresivas hacia el exterior. Rechazan la sociedad democrática, y la usan para acabar con ella. Cuanto más ceden los países europeos en la exigencia de hacer cumplir la ley, más exigencias, contrarias a derecho, hace el islamismo. Las dos tendencias aquí mostradas –la tendencia demográfica según la cual cada vez hay más musulmanes en Europa y menos europeos, y la tendencia ideológica, según la cual los europeos cada vez creen menos y los musulmanes más- no dejan lugar a dudas sobre lo que le espera a Europa en relación con el Islam. A finales del siglo XXI, Europa será, por primera vez en toda la historia, musulmana.

1.3. El agotamiento económico europeo

El relativismo moral europeo tiene como consecuencia la renuncia a pensar en las futuras generaciones: como se ha visto, éstas vivirán en una Europa envejecida, empobrecida, y casi seguramente islámica. Pero además, la situación actual de parálisis moral afecta también al presente. El bienestar alcanzado por los europeos en las últimas décadas les ha llevado a descuidar su economía. El continente lleva tiempo creciendo tendencialmente por debajo de la media mundial, con una baja tasa potencial de crecimiento económico. Pese a lo que comúnmente se piensa, Europa sufre tasas de desempleo demasiado elevadas, bajas tasas de crecimiento, débiles incrementos de su renta por habitante, deslocalizaciones y pérdida de solvencia a largo plazo. Todo esto es anterior e independiente a la crisis financiera de 2008, y muestra un problema estructural mucho mayor. Poco a poco, Europa se está agotando como proyecto económico. ¿Por qué?

1. Europa ni trabaja ni produce

Una sociedad que sólo piensa en el presente, sin preocuparse por el futuro, pierde la ambición, la ilusión por mejorar y por prosperar. Se vuelve cortoplacista, y acaba cayendo en la autocomplacencia y la parálisis. Hoy en día, los europeos rechazan el trabajo y el esfuerzo como valores morales, y eso tiene consecuencias inmediatas en la economía. Hoy los europeos trabajan poco, y cuando lo hacen, trabajan lo menos posible. Y desde las instituciones, las medidas sociales paralizan la creación de empleo. Existe una excesiva rigidez de la legislación laboral, unos altos costes laborales no salariales, unas políticas públicas que encarecen el factor trabajo y aumentan los costes productivos, y unos sistemas de protección por desempleo que desincentivan la creación de empleo. La consecuencia es que en Estados Unidos trabaja más del 75% de la población, mientras que en Europa lo hace menos del 30%.

Los europeos aborrecen trabajar: se incorporan al mercado de trabajo cada vez más tarde, y se jubilan cada vez antes. Y los que trabajan reducen cada vez más sus jornadas laborales. La diferencia con otras regiones es enorme. Se calcula que en Europa, se trabaja un 25% menos que en Nortamérica. La población activa tiene más vacaciones; existe una férrea regulación laboral de los tiempos y jornadas, y una laxa política de jubilaciones anticipadas. En Francia, Alemania e Italia, cada empleado trabaja de media 1.400 horas al año; por el contrario, en los Estados Unidos 1.800 horas. La tendencia actual muestra que los europeos trabajan menos, y se niegan sistemáticamente a hacerlo más.

No siempre ha sido así. Ha sido en los últimos decenios cuando los europeos se han dejado llevar por su bienestar considerando el trabajo como un problema y no una ocasión. El proceso ha sido paralelo: cuanto más

relativista, acomodada y hedonista se hace la población europea, menos trabaja. En consecuencia, hasta los años ochenta, los europeos mantenían un índice de productividad alto. Pero desde entonces, se ha quedado atrás. La excesiva regulación, la omnipresencia del sector público y la fragmentación del Mercado único - en los mercados de bienes y en los de servicios- se tradujo en bajos estímulos para la innovación, y un descenso de la productividad. Hoy, el PIB americano por hora es un 15% más alto que el europeo.

En Estados Unidos, de entonces aquí, se ha consolidado un mercado único nacional; se ha liberalizado la economía; se regeneró el sector empresarial. Hoy la diferencia entre ambas orillas del Atlántico es cada vez mayor. Los americanos trabajan más y producen más: su crecimiento pasó del 1,4% en los setenta al 1,7% en los noventa. Los europeos trabajan menos y producen también menos; su crecimiento se ha reducido drásticamente, del 3,5% en los años setenta al 1,8% en los noventa.

Hay otra causa que explica la escasa productividad europea, y es la escasa capacidad de emprender de los europeos, cada vez más acostumbrados a las iniciativas públicas y estatales. A diferencia de los norteamericanos, los europeos cada vez emprenden menos. Si a esto se suma que trabajan cada vez menos y producen cada vez menos, el problema se agrava. Con el paso del tiempo, esta situación será insostenible, sobre todo sumando el problema antes reseñado: cada vez habrá menos europeos y serán más viejos. Lo cierto es que los europeos han ido demasiado lejos. Erróneamente han identificado bienestar con poco trabajo e hiperprotección. Su legislación favorece el desempleo, han reducido la jornada laboral más allá de lo sostenible, y ponen en peligro su productividad. Y lo peor es que se niegan a poner en marcha las reformas necesarias: no están dispuestos a moderar sus exigencias sociales. En el futuro, lo pagarán caro.

2. Unas instituciones poco creíbles

Las instituciones europeas, estatales y comunitarias no están a salvo del problema moral europeo. Es más, en muchos casos son ellas mismas las que profundizan en él. En los últimos tiempos, Europa se muestra incapaz de cumplir los acuerdos a los que ella misma llega. Los países europeos incluso son capaces de firmar unos tratados que de antemano no están dispuestos a cumplir. Con ello se transmite el mensaje de que las instituciones europeas son arbitrarias, inseguras y proclives al oportunismo. Lo que en economía es un problema de primera magnitud. Es el caso la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC) en 2004, tras la que los grandes países pueden incumplir el PEC sin ser sancionados; pero tras el que sí se sanciona a países más débiles.

La evolución de las instituciones económicas europeas ha traicionado las expectativas. El proyecto de la Unión Europea comenzó como una iniciativa

para crear un mercado único de bienes y servicios. El Tratado de Roma estableció las cuatro libertades de circulación básicas: mercancías, servicios, capitales y personas. Pero cincuenta años después, increíblemente, el proyecto sigue pendiente de ser culminado. Más bien, Europa camina hacia atrás: La libertad de circulación está ausente en los mercados de servicios, en la libertad de circulación de capitales y hay una fragmentación del mercado interior derivada de los excesos reguladores. Y lo que es peor, está aumentando la obsesión por regular, controlar y planificar una parte de la actividad comunitaria.

En Europa, los gobiernos obstaculizan y tratan de controlar operaciones empresariales transfronterizas. Se viola el derecho comunitario y se ampara un proteccionismo incompatible con el espíritu original del proyecto común europeo. Más allá de cierto discurso oficial, el diagnóstico es preocupante: Europa se muestra incapaz de avanzar hacia el objetivo que ella misma se propuso hace cincuenta años. Hoy, en nombre de Europa y de sus instituciones, se está erosionando el proyecto institucional europeo, poniéndolo en peligro para el futuro, y tras él, la competitividad económica de los europeos.

3. La Europa agobiante y el bienestar agotable

El proteccionismo, entre países europeos y de Europa hacia el exterior, frena la economía. El caso más claro es el de la PAC. Los perjudicados no son sólo los cientos de millones de consumidores europeos, sino también -y sobre todo- los ciudadanos de los países más pobres. La postura proteccionista europea en el frente agrario fue clave en el fracaso de la Ronda Doha. Europa no sólo no parece ser capaz de impulsar su propia economía hacia delante. Si iba a ser factor de modernización y desarrollo para regiones desfavorecidas, hoy colabora en lo contrario, entorpeciendo un mercado mundial libre.

Este proteccionismo es un lastre a la economía europea, y va unido, en segundo lugar, a la presión fiscal. En los últimos veinticinco años, Europa ha incrementado su presión fiscal casi diez puntos: Ha pasado del 33,2% del PIB (EU15) en 1975 al 40,6% en 2003. En algunos países, como España, ha subido cerca de veinte puntos. Valga como ejemplo que en Estados Unidos la presión fiscal se ha mantenido estable en el último cuarto de siglo, alrededor del 25%. La diferencia es cada vez más grande: en Estados Unidos se favorece el trabajo, se premia el esfuerzo, se favorece al emprendedor. Ya se ha visto que además el mercado laboral es dinámico, trabajan más y se trabaja más, además de producir más.

Mientras tanto, en el caso de Europa la presión fiscal es agobiante; se desincentiva al emprendedor, al esforzado, al creador de riqueza. Los europeos trabajan menos horas, acceden tarde al mercado laboral y se jubilan antes. Esto implica que confían menos en sí mismos y más en el Estado. Depositán en éste la responsabilidad de su bienestar, confían que el

Estado les proporcione todo. Pero a la luz de los indicadores económicos, ¿es esto posible?

No lo es. El Estado del bienestar en Europa se está degenerando poco a poco. Su fracaso es patente en dos ámbitos principales. En primer lugar, en los sistemas de protección por desempleo. Estos sistemas no combinan adecuadamente la protección del trabajador con una renta sustitutiva con el incentivo para lograr un nuevo empleo. Se propicia la permanencia en situación de desempleo, se reduce la empleabilidad del trabajador y aumenta el tiempo en desempleo durante período mayor, al amparo de los servicios sociales. El Estado de bienestar en muchos países europeos está fomentando el desempleo.

En segundo lugar, los sistemas sanitarios registran también problemas derivados de la ineficiencia que propicia la gratuidad total o cuasitotal. Es incuestionable el acceso universal y accesible a la sanidad, pero como ocurre en el mercado de cualquier bien o servicio, la gratuidad total conduce al despilfarro y a la ineficiencia. Hoy la experiencia de los europeos es la de un deterioro progresivo de los sistemas de salud pública. Aquí también se observa la ruptura entre la experiencia de los europeos y el discurso institucional sobre la sanidad, alejado de la realidad. Con la merma de recursos y el aumento de la inmigración, los sistemas sanitarios europeos llegarán, a medio plazo, al colapso total. Simplemente, no podrán sostener las demandas de los pacientes.

El tercer sector en el que la presencia asfixiante del Estado supone un lastre para los europeos es el de la educación. Por regla general, la educación secundaria y universitaria se encuentran estancadas en la mediocridad. La parálisis espiritual europea, afecta a la educación tanto como a la economía, y le traslada los males de la regulación, la falta de flexibilidad, el agobio estatal. El sistema educativo europeo disminuye los estímulos e incentivos a casi cero mediante la funcionarización, la falta de flexibilidad laboral, de inversión y de innovación. Los premios Nobel proceden abrumadoramente de universidades norteamericanas. Con menos población que Europa, Estados Unidos tiene 296 Premios Nóbel, muy por encima de los países europeos, Reino Unido con 103 y Francia con 51; en 2006 fueron 6 americanos por ningún europeo-, y las instituciones universitarias americanas dominan los 50 primeros puestos, con contadas excepciones europeas.

En este caso, además se mezcla la ideología igualitarista, que no discrimina entre profesores e investigadores, que no premia la excelencia, que es enormemente endogámico y aislado del exterior. En consecuencia, la mayoría de los jóvenes investigadores con mayor proyección abandonan el continente. La propia Comisión Europea habla de 400.000 científicos europeos emigrados a Estados Unidos. Y todo parece indicar que, como afirma la UE, Europa va a entrar en una crisis de “vocaciones científicas”.

En el fondo, los europeos están sacrificando sus libertades en nombre de la seguridad. Si moralmente están equiparando libertad con hacer en su vida privada lo que les da la gana mientras el Estado les gobierna en todo lo demás, en términos económicos están cediendo cada vez más la iniciativa y la libertad al Estado. Conciben el progreso económico con la progresiva estabulación económica. Cada vez emprenden menos, cada vez se arriesgan menos, cada vez dejan más en manos del Estado atribuciones económicas que a ellos les corresponde. Esta falsa sensación de seguridad está creando una Europa de mentalidad funcionaria, de falta de ímpetu en el mundo empresarial, laboral, financiero o educativo.

1.4. Una Europa subordinada

La despreocupación europea no sólo afecta a la cultura europea y a la demografía: también en lo referente a la dependencia energética Europa se enfrenta al futuro con falta de previsión. Las tensiones provocadas por Rusia en el Este del continente que culminaron con la invasión de Georgia han puesto de manifiesto la debilidad energética europea: El 25% del suministro de gas y petróleo europeo proviene de Rusia. Los expertos en energía vienen advirtiendo desde hace tiempo que Europa es energéticamente cada vez más dependiente de otros países. De esto se desprenderán dos consecuencias en los próximos cincuenta años; primero, la debilidad de la economía europea, que estará en manos de otros. En segundo lugar, la vulnerabilidad estratégica del continente.

1. Hidrocarburos: la eurodependencia

Europa depende en exceso del suministro exterior de energía, especialmente de los hidrocarburos, tanto petróleo como gas. Las cifras llaman a la preocupación: La Europa de los 15 importa más del 51% del gas que necesita; Estados Unidos únicamente el 15%, más un tercio menos. Según las proyecciones de la dependencia de las importaciones de gas de IEA, Europa aumentará su dependencia del exterior en 20 de aquí a treinta años. Subirá hasta situarse cerca del 80%.

La dependencia total del suministro de gas será uno de los problemas más acuciantes de la Europa de los próximos decenios. Pero en relación con el petróleo, la cosa no va mucho mejor. Según las proyecciones la dependencia de las importaciones de petróleo en el año 2030 será del 92% para la UE15, casi veinte puntos más que Estados Unidos.

¿Por qué es preocupante? En primer lugar, salvo escasas excepciones, la economía europea está a merced de lo que ocurra en zonas del planeta altamente inestables. Europa no tiene la seguridad de que en el futuro el suministro esté garantizado, ante la posibilidad real de cambios de régimen, golpes de Estado o revoluciones. El caso de Rusia es paradigmático de cómo

Europa puede estar en manos ajenas. Es cierto que lo ha estado anteriormente, pero eso no es razón para pensar que en durante el siglo que comienza no se convierta en un problema grave. Y la tiene, por que además va unida a una segunda característica.

En segundo lugar es más grave la confluencia entre regímenes totalitarios e indeseables y exportación de petróleo. Por un lado, Europa está financiando regímenes despóticos que, además, desequilibran regiones enteras. Por otro lado, está financiando a grupos radicales que utilizan el dinero en buscar la destrucción de la cultura europea. Arabia Saudí dedica más de 50.000 millones de dólares a sufragar grupos y asociaciones extremistas en todo el mundo, incluido Europa. Fomenta la construcción de mezquitas e instituciones con valores antiliberales y antioccidentales. La laxitud moral europea se muestra en el hecho de que los petroeuros que se gastan en estos regímenes vuelven a Europa en forma de amenaza islamista.

El dinero que Europa gasta en pagar sus hidrocarburos acaba financiando a las redes y grupos que preparan ataques terroristas en sus propias ciudades. Con su dependencia energética, Europa está financiando a sus enemigos.

2. Escaso avance en Energías renovables

¿Son las energías renovables la solución al problema? No. Primero, costará caro. Cumplir la exigencia de la UE de un 20% de renovables para el 2020 costará a los europeos un mínimo de 120.000 millones de euros. Además de una carga económica, está el hecho de que hoy sólo un 6% de la energía consumida en Europa es renovable; todo parece indicar que una vez más los países no cumplirán ni siquiera lo pactado. Las energías renovables en Europa se están convirtiendo en un problema más que en una solución. Y ello por dos razones.

En primer lugar, los Europeos quieren superar la dependencia energética, pero sin esforzarse en conseguirlo. Han visto en las energías renovables un santo grial que les solucione el suministro sin hacer nada a cambio. La excesiva confianza depositada en estas fuentes a la hora de reducir la dependencia energética europea, teniendo en cuenta sus limitaciones y restricciones naturales. Sólo a largo plazo será una fuente de energía a tener en cuenta. Hasta entonces, no podrán sustituir a los hidrocarburos. El 20% previsto para 2020 costará mucho y aportará poco. Al contrario de lo que suele afirmarse, hoy por hoy no es la solución a los problemas energéticos europeos.

En segundo lugar, su elevado coste presupuestario, que en último término se traduce en mayores impuestos. Hoy, es una energía cara que distrae recursos de las economías europeas, y no precisamente con resultados. De hecho, las más rentables se dejan de lado. La energía nuclear, o bien sigue siendo un tabú, o bien sigue siendo enfocada con clichés obsoletos y bajo parámetros

marcadamente ideológicos. La energía nuclear es limpia, cada vez más segura y enormemente rentable, además de garantizar la no dependencia de regímenes hostiles. Sin embargo, el pensamiento de lo políticamente correcto impone también aquí su dictadura. En forma de supuesto ecologismo, determinados puntos de vista se imponen a dos evidencias. La primera, que la no utilización de este tipo de energía y el uso de otras es costoso para los europeos. La segunda, que pese a que cada vez más europeos ven positivo su uso, las instituciones frenan la posibilidad.

1. 5. Una Europa indefensa

Europa no sólo reniega de su pasado, sino que se avergüenza de él. El discurso según el cual todos los males del mundo se derivan del pasado colonial europeo se ha extendido por todo el continente. A él se une la creencia de que todo uso de la fuerza, incluida en legítima defensa, es rechazable. En las últimas décadas, dos ideas se han ido abriendo camino: La primera, la de reparar a todos aquellos que dicen haber sido agraviados en el pasado por Europa. La segunda, renunciar a ejercer la fuerza en defensa de sus intereses.

Europa cree haber llegado a la diplomacia perfecta, en la que todo se soluciona con el diálogo. No es así, pero los europeos se engañan con ello. Creen estar a la vanguardia del pensamiento y del desarrollo político en temas de seguridad y defensa, y se consideran así mismos un modelo para los demás. Pero no es así en absoluto: no sólo Europa no es espejo para nadie, sino que con su actitud de apaciguamiento se ha puesto a sí misma en el punto de mira.

También aquí hay una renuncia a aceptar y plegarse a la verdad; el mundo sigue siendo peligroso, pero los europeos prefieren no pensar en ello. La sociedad europea no tiene una clara percepción de las amenazas, especialmente la islamista. Además, su clase política no posee el liderazgo necesario para articular una política de seguridad que esté a la altura de los desafíos del futuro. En relación a la seguridad interior, los Gobiernos tienden a eludir el coste político de su responsabilidad reenviándola a instituciones supranacionales, convertidas en coartadas para la inactividad. En relación al exterior, simplemente renuncian a hacerlo.

Frente a unas amenazas cada vez mayores, otros países se replantean sus políticas de seguridad pero los europeos se muestran incapaces de hacerlo. Es el caso de los norteamericanos, que comparten el mismo número de amenazas. Estados Unidos dispone de los medios y aliados para superar los problemas defensivos de nuestro tiempo. Al contrario, el camino realizado por el Viejo Continente en la creación de un II Pilar es corto e insuficiente. Europa es incapaz de asegurarse hoy su propia defensa.

1. Una Europa que se rinde

Europa cuenta cada vez menos en política exterior. Sus instituciones carecen de credibilidad internacional. Y ello por una razón: los europeos no saben qué quieren hacer ni que quieren defender. La primera causa de esto es su relativismo: si no hay nada bueno o malo, y todo depende, entonces no hay una política exterior mejor que otra. Además, está su rechazo a su historia, su cultura y su tradición, lo que les impide defenderse cuando son atacados. En tercer lugar, el extendido pacifismo paraliza cualquier política de seguridad seria.

Por eso el debate sobre la defensa común es falso: son sus cimientos culturales y morales los que fallan. En una era de nuevos riesgos, Europa no tiene una idea común de qué hacer ni para qué, entre otras cosas porque no quiere tener ideas sólidas acerca de sí misma y del mundo. Y sin estas ideas, una política de seguridad y defensa es imposible.

Una política exterior requiere la continuidad de varios elementos: identidad, intereses, objetivos, medios diplomáticos y estratégicos. La crisis cultural europea le ha llevado a no preguntarse sobre ello. El rechazo a la verdad le lleva a no poder ver que el mundo sigue siendo peligroso. El auge del populismo, el rearme ruso o la nuclearización de Iran plantean riesgos que los europeos no quieren ver. Incluso, pese a haber sido atacados en varias ocasiones, los europeos aún creen que el totalitarismo islamista no constituye en realidad una amenaza tan grave.

Además, como resultado del prolongado “protectorado” norteamericano sobre Europa, los europeos se han infantilizado en términos de política de seguridad y defensa. Ha perdido el sentido de la defensa, rehúye la lógica estratégica y confunde los deseos pacifistas con la realidad de la amenaza islamista. Europa está en guerra, pero no es que no lo sepa; es que no lo quiere saber. Considera que es mejor no hacer nada para no empeorar las cosas. Cree que si se defiende estará provocando el odio contra Occidente. Incluso no pocos europeos consideran que la democracia y el totalitarismo no sólo pueden convivir, sino que además pueden cooperar mediante el diálogo y las cesiones.

En último término, como forma de calmar sus temores, se autoconviene de que aquel que los defiende, Estados Unidos, es el culpable de todo, y supone que sobre él recae la amenaza. Los europeos no tienen interés en defenderse, y confían en que otros lo hagan por ellos. Pero al mismo tiempo, como un niño enfadado y frustrado, dirige sus críticas a sus defensores.

Es por todo esto por lo que la política de defensa común se reduce a las declaraciones oficiales de sus instituciones. Más allá de lo que dice la Europa oficial, Europa ha caído en el apaciguamiento más irresponsable. Los

Europeos creen que se favorece la paz renunciando a la guerra y solucionando todo diplomáticamente. Pero con esta actitud está logrando lo contrario: La diplomacia europea tiene menos credibilidad, transmite inseguridad al mundo, y se convierte en un objetivo más apetecible. Con esta actitud Europa está animando a quien la chantajea a ir más allá en sus pretensiones. Europa está animando a sus enemigos a atacarla.

Este apaciguamiento, esta renuncia a plantearse seriamente el problema de su seguridad, afecta a todos los ámbitos de la seguridad de los europeos. El principal problema para la seguridad europea es el terrorismo islamista. Pero no es el único. Junto a él, encontramos otros problemas: el crimen transnacional organizado y la inmigración ilegal masiva son los más importantes. Los tres se encuentran cada vez más relacionados, y se alimentan entre sí. Existe un submundo, a la sombra de nuestras sociedades, que está socavando la seguridad de los ciudadanos europeos. Pero su mentalidad les impide reaccionar a tiempo.

2. Europa como objetivo a destruir

Europa se enfrenta a una amenaza terrorista de carácter existencial: la que proviene del radicalismo islámico. Este nuevo terrorismo no tiene ningún límite, busca una confrontación total que tiene como objetivo la aniquilación de la sociedad europea y la total destrucción de sus valores democráticos. Es una violencia absoluta, que incluye desde los coches bomba a la guerra psicológica, la propaganda. El objetivo es toda la sociedad europea, en cualquier aspecto o país. Y sus miembros se reclutan también en el corazón de las ciudades occidentales. Además, se ejerce con cualquier arma: es cuestión de tiempo que las redes yihadistas sean capaces de atacar Europa con armas nucleares, biológicas y químicas.

La respuesta de la Unión Europea a esta amenaza es insuficiente. Las instituciones ofrecen cifras optimistas, pero la realidad no es tan sencilla. Europol tiene una capacidad operativa muy limitada, por falta de cooperación, por su escasa utilidad y por su excesiva burocracia. Y el Plan de Acción contra el Terrorismo trata sobre el control de fronteras, pero los terroristas aún llevan ventaja. En relación con la cooperación internacional, los acuerdos sobre extradición, información y asistencia técnica con otros países y organizaciones son también escasos. A un gran atentado siguen grandes propósitos, pero a medida que pasan sus efectos, se cuestionan la utilidad y conveniencia de cualquier medida efectiva, y Europa vuelve poco a poco a la dejadez. Operativamente, Europa camina por detrás del terrorismo islámico.

3. El submundo criminal

Hoy asistimos al auge de una Europa criminal. La delincuencia y el crimen organizado transnacional crecen en toda Europa. La Unión ha desmantelado

las fronteras interiores pero no ha desarrollado nuevos mecanismos que permitan preservar la seguridad en ese espacio común. Las redes criminales transnacionales han aprovechado a fondo esa libertad de movimientos. Las bolsas cerradas de inmigración al margen de la ley amparan comportamientos delictivos. Las ampliaciones de la Unión han facilitado la actuación de grupos criminales organizados en torno a tramas nacionales y étnicas. Por último, la globalización facilita la comisión de delitos económicos, informáticos o financieros a distancia y con mayor impunidad.

En Europa se están diversificando los tipos y procedencias de drogas y narcóticos. El tráfico de drogas se mezcla con el contrabando de productos fiscales, sanitarios, ecológicos o de patentes de la Unión, con tráfico de vuelta con vehículos robados, armas, drogas sintéticas y documentos de viajes o tarjetas de pago originales robadas o falsificadas. Además, crece la falsificación del euro en torno al 30 por ciento anual. También crecen la falsificación de tarjetas y documentos, y la de mercancías destinadas al consumo.

Europol se ha mostrado poco operativa, y la cooperación policial sigue siendo más efectiva bilateralmente que a través de los instrumentos multilaterales creados a escala europea. Aún más deficiente que la cooperación policial es la respuesta judicial. Hay una ausencia de mecanismos eficaces de cooperación judicial, y la heterogeneidad legislativa incentiva el crimen. Las distintas jurisdicciones amparan y protegen al crimen internacional.

Como en el caso del terrorismo, los estados no creen que el crimen organizado sea una amenaza común: el proceso de decisiones en materia de cooperación policial y judicial sigue siendo complejo, de mínimos y por unanimidad. En consecuencia, existe una disociación entre unas instituciones que afirman que la seguridad mejora y una percepción ciudadana de que hay cada vez mayor inseguridad. La autocomplacencia de las instituciones provoca la sensación de que la Unión Europea se está convirtiendo más en un factor de inseguridad para sus ciudadanos que en un instrumento que facilite la lucha contra la delincuencia.

4. La invasión silenciosa

La dictadura de lo políticamente correcto impide reconocerlo, pero puede afirmarse que Europa se enfrenta a una Invasión silenciosa. El número de inmigrantes ilegales crece: La Unión Europea calcula que en sus países el número está entre 8 y 9 millones, muchos introducidos por los grupos organizados. Hoy se encuentra expuesta a la entrada masiva de inmigrantes ilegales como no lo ha estado nunca en su historia. Pero a pesar de este fuerte aumento, la legislación sobre asilo, migración y visados sigue excluida de la justicia comunitaria. Sorprendentemente no se prevé una política común de inmigración antes de 2010. Así que cada país hace la política por su cuenta; dando lugar a problemas como el ocasionado por España en 2007.

Es indudable que muchos de ellos sólo buscan una vida mejor. Miles de inmigrantes llegados a Europa poseen de hecho un ímpetu en el trabajo, en la defensa de la familia o de determinados valores que los europeos ya han abandonado. Éstos son los primeros interesados en que el Estado de derecho funcione y reprima con contundencia los delitos relacionados con la inmigración. En este sentido, la “ideología inmigracionista” comete la misma injusticia que comete el multiculturalismo: favorecer la inacción del Estado de derecho en determinados ámbitos, sólo porque los delitos tienen que ver con la inmigración. A base de justificar el delito por estar cometido por inmigrantes, se acaba abandonando a su suerte al inmigrante legal, movido por objetivos legítimos.

Es necesario segregar con claridad la inmigración legal de la ilegal, puesto que es ésta la que se relaciona con la delincuencia y el terrorismo, lo que unido a la desaparición de las fronteras, produce un deterioro de la seguridad, la libertad y la justicia. Los principales afectados, además, son los propios inmigrantes ilegales, que se ven atrapados en la marginalidad, al margen de la ley y del Estado de derecho. También aquí, los europeos –con sus instituciones a la cabeza-, se muestran incapaces de abordar la realidad. En primer lugar, por su complejo de culpabilidad, fruto de su auto-odio. Segundo, por su creencia en que hacer cumplir la ley es algo malo, fruto de su apaciguamiento.

5. ¿Unión en la inseguridad?

La Unión Europea se está convirtiendo en un factor de inseguridad. En los tres asuntos tratados, el optimismo oficial de las instituciones europeas contrasta con la falta de visibilidad y los escasos resultados en el ámbito operativo. Las políticas de seguridad se celebran más en los despachos que en la calle, donde la inseguridad es mayor. El discurso de lo políticamente correcto sitúa a los europeos en una posición anómala entre la percepción de la calle y el discurso oficial en los medios de comunicación y las instituciones.

Europa habla mucho, pero hace bastante poco. Existen iniciativas institucionales ambiciosas, pero que no están teniendo continuación operativa. Ello genera mayor confusión sobre las competencias en esta materia y permiten a los Estados eludir su propia responsabilidad para salvaguardar la seguridad de sus ciudadanos. Se produce así una fractura creciente entre lo que observan los ciudadanos y lo que les dicen sus instituciones. Éstas eluden la responsabilidad, que se diluye entre administraciones locales, nacionales y comunitarias.

A diferencia de otros países occidentales, como los Estados Unidos, Canadá, Australia o Japón, los Estados de la UE no han introducido modificaciones radicales en sus estrategias y estructuras de seguridad. Los europeos mantienen la duplicidad entre seguridad y defensa y entre seguridad exterior

e interior, que le impide afrontar los nuevos retos. Europa no ha procedido a integrar sus dimensiones de seguridad interior ni a definir el nuevo modelo de seguridad territorial que exigen los nuevos tiempos: Homeland Security. En vez de eso, siguen anclados en el pasado, como si el mundo no hubiese cambiado y no fuese más peligroso que antes.

1.6. La Europa que deambula por el mundo

Con su renuncia a pensar la realidad tal y como es, Europa pone en peligro su propia seguridad, tanto interna como externa. Ambas están relacionadas: Europa se desentiende de sus problemas porque se desentiende del mundo. Éste, tras la Guerra Fría y los felices años noventa, sigue siendo peligroso. El siglo XXI traerá más y más actores que sobrepasen las fronteras nacionales por arriba, las crucen o las traspasen por debajo. El mundo será en los próximos decenios más complicado y arriesgado. Sólo aquellos países seguros de sí mismos y con la conciencia de identidad, de intereses y de objetivos claros jugarán un papel de importancia. De seguir así, Europa no estará entre ellos. ¿Entre quienes?

1. La solvencia Norteamericana

Tras la caída del Muro de Berlín, Estados Unidos se convirtió en el país referente de todo el mundo. Pero Los errores de estrategia militar cometidos por el Pentágono y la falta de consistencia de la población en el apoyo a la presencia en Iraq, han ocasionado una crisis de autoridad irreparable en mucho tiempo. El incipiente unipolarismo norteamericano puede estar viviendo sus últimos días. Estados Unidos va camino de ganar la guerra de Iraq, pero este país no escapa a la crisis moral occidental, y en las condiciones de apaciguamiento general occidental, no podrá ejercer una oposición eficaz al radicalismo islámico por mucho tiempo. Los europeos, para pedirle protección y para acusarle de todos los problemas, creen que Estados Unidos es todopoderoso. Nunca lo ha sido, y en el futuro lo será menos aún.

Cualquier estrategia de defensa de la democracia occidental debe pasar por Estados Unidos. Pero aquí surge el primer problema: con la actitud mostrada en Afganistán e Iraq, Estados Unidos ve cada vez menos a Europa como un aliado fiable. Prefiere actuar al margen de las exigencias europeas a verse contaminado por su pereza estratégica, por su apaciguamiento y por su falta de capacidad de afrontar los riesgos geoestratégicos. En el futuro, Estados Unidos va a contar poco con Europa.

Pensar en una alternativa multipolar, como muchos tratadistas europeos reclaman, es una ensoñación. Europa no es incapaz de constituir ninguna alternativa; su crisis moral es mucho más aguda que la norteamericana. Con unas instituciones internacionales –NNUU, UE, OTAN- incapaces hoy de adaptarse a las circunstancias del actuales, asistimos más bien al nacimiento

de una sociedad internacional “sin orden”, en la que Estados Unidos verá cada vez más en Europa un lastre y una carga prescindible y molesta. Desde este punto de vista, si Estados Unidos tiene problemas, desde allí Europa en sí misma es un problema. Para algunos norteamericanos, simplemente habrá que obviar a los europeos. Otros hablan de “Eurabia” para el 2050.

Mientras en Estados Unidos crece la convicción de que Europa se derrumba, el Viejo Continente es incapaz de dotarse a sí mismo de una defensa adecuada. En plena ofensiva islamista en todo el mundo, con el rearme ruso y la posesión iraní de la bomba nuclear, Europa no tiene alternativa alguna a la OTAN. Tampoco la busca con decisión, pese a un discurso oficial lleno de solemnidades y propósitos. Por el contrario, los países europeos buscan comportarse como un contrapeso a Norteamérica, y ven la OTAN como un lugar de discusión política. Sin la OTAN, la seguridad europea es inviable; pero sus países no hacen nada por revitalizar la Alianza.

Por el contrario, Estados Unidos sí tiene una alternativa real y viable. Sin la OTAN, los norteamericanos tendrán una oportunidad: los europeos, ninguna. Pero paradójicamente es Europa la que la deja morir poco a poco. En relación con la OTAN y Estados Unidos, Europa se aleja cada vez más de la realidad; nos encontramos en una guerra compleja, larga y de incierto resultado. Estados Unidos ha decidido librarla, sin garantías de ganarla. Pero Europa ni siquiera se ha planteado defender su modo de vida y sus instituciones democráticas.

2. La bomba islamista

Desde hace años se viene produciendo una revolución en el seno del Islam. Hoy esa revolución está en Europa, porque como se ha visto anteriormente, cada vez más el Viejo Continente formará parte del Islam. Hablar de la situación islámica es ya hablar de la situación de Europa. Además, el carácter imperialista del radicalismo islámico ha situado a Europa en su punto de vista estratégico. La crisis no es algo que ocurre al otro lado del Mediterráneo. Transcurre allí y aquí, en Casablanca, Bagdad, París o en Ámsterdam.

Superponiéndose al auge y expansión de los radicales islamistas, existe un conflicto interno que tenderá aún más a agudizar la radicalización y la supremacía del fundamentalismo. Se trata del fenómeno de creciente importancia de la minoría shiita, tradicionalmente marginada a favor de los suníes. El hecho de que un país de mayoría shií, como es Irán, vaya a lograr en poco tiempo el estatus de potencia nuclear tendrá consecuencias imprevisibles en los dos aspectos: Sobre la relación entre suníes y shiíes y el fundamentalismo, y sobre las relaciones del mundo árabe con Occidente. A día de hoy, la política de permisividad europea hacia Irán agudiza el problema, teniendo en cuenta, además, que vía grupos terroristas, Europa estará directamente amenazada por el Iran nuclear.

Estas cuestiones afectan directamente a Europa. Con las tendencias demográficas el Islam será cada vez más un actor interior a Europa. Lo que ocurra en el mundo islámico repercutirá con fuerza en Europa. Está ya ocurriendo, ante la pasividad de Europa, pasividad moral, pasividad ideológica, pasividad política. Pasividad tanto interna –cumplimiento de la ley en sus países- como externa –permisividad ante regímenes islámicos violentos y totalitarios. Europa se acerca cada vez más a convertirse en Eurabia, parte de la umma con que sueña el radicalismo islámico. El enemigo islamista estará dentro de Europa, y de hecho ya lo está. Y los europeos no quieren afrontarlo.

3. El levantamiento asiático

En el futuro, Estados Unidos tendrá menos influencia: Europa, ninguna. Junto al mundo islámico, el continente asiático será un actor de primer orden. El caso paradigmático es China, un país que quiere compatibilizar los beneficios del capitalismo con el control político del comunismo. Los Juegos Olímpicos de 2008 han sido la presentación oficial de este doble sistema. Hasta ahora, la actitud occidental ante el totalitarismo colectivista chino ha sido de permisividad y de cooperación económica; una muestra más de relativismo moral. Pero a partir de ahora, el gigante asiático se las verá con los europeos en zonas donde sus intereses son contrapuestos. Y a diferencia de éstos, China si está dispuesta a actuar.

China podría llegar a constituirse en los próximos decenios en la única gran potencia capaz de medirse a Estados Unidos. Por varias razones; la población –más de un 20% del total mundial-, el continuo crecimiento económico en términos de PNB, y el esfuerzo militar que se viene llevando a cabo. Pero deberá superar numerosos problemas: la relación inestable entre centro y periferia, agudizada por los desequilibrios económicos; la cohesión nacional y la viabilidad de un imperio multinacional; y la viabilidad de un sistema de crecimiento económico basado en una liberalización controlada rígidamente. En cualquier caso, China será una de las grandes potencias en el siglo XXI. Potencia además peligrosa, dado su régimen despiadado y cruel.

4. La inestabilidad del Este

Con la caída del Muro, los occidentales llegaron a la conclusión de que la democracia y la libertad habían triunfado definitivamente en todo el continente. En consecuencia, se inició una era de cooperación y ayuda hacia los países del Este. Dentro de este optimismo, se consideró a Rusia como un aliado potencial para responder a los problemas que afectarían en lo sucesivo al continente europeo, y para la democratización de la zona.

Pero esto resultó ser un espejismo. Tras superar la crisis institucional interna y encarrilar los problemas económicos, emerge en Rusia un nuevo

nacionalismo que busca recuperar aquellos territorios que alguna vez fueron rusos. En los últimos tiempos, asistimos a un rearme político y militar ruso, que se mostró en todo su alcance en la crisis de Georgia y en la presión hacia las repúblicas y países del Este.

Pese a que tiene graves problemas económicos e institucionales. No está en condiciones de ser una potencia real. Pero pese a que su ejército está lejos del esplendor del pasado y sus problemas demográficos, Rusia busca recuperar su influencia en el Este del continente, lo que es un factor de inestabilidad continental. La primera crisis, la georgiana, ha mostrado las carencias de la política europea. Pero lo ocurrido en Georgia es el principio de una era de conflictos en el Este de Europa entre una autocrática Rusia y Occidente.

5. Europa, fuera de juego

En todos estos casos, los países tratan de jugar un papel determinante en la configuración estratégica mundial. Ninguno de ellos tiene garantizada la supremacía total sobre las demás, y el equilibrio entre ellas determinará los problemas del futuro. Pero su actitud contrasta con la de los europeos. Se muestran incapaces de hacer frente al expansionismo ruso o a la amenaza iraní. No quieren reconocer el auge del islamismo, y prefieren contemperar con China antes que enfrentarse al gigante comunista. Al contrario que otros, Europa se está encerrando en sí misma, refugiándose en su bienestar y en una supuesta superioridad de las soluciones diplomáticas. Con esta actitud, está cavando su propia tumba.

Si tenemos en cuenta la actitud europea actual, y la tendencia cultural, ideológica e institucional de sus instituciones, puede concluirse que en los próximos decenios, agotada demográficamente, asfixiada económicamente, desagrada por conflictos culturales y desarmada ideológicamente, Europa deambulará por el mundo sin objetivo aparente, a merced de los problemas que otros países pongan sobre la mesa. Por primera vez en toda su historia, Europa vivirá a remolque de los problemas del mundo, y participará de los problemas de los demás sin poder proponer y llevar a cabo soluciones.

2. EUROPA, AÑO 2050

1. El mundo en el 2050

La característica esencial del mundo del siglo XXI al que se van a tener que enfrentar los europeos va a ser el cambio radical. Se caracteriza, en primer lugar, por su velocidad y dinamismo; los acontecimientos se suceden con rapidez, y exigirán capacidad de adaptación. En segundo lugar por su complejidad; la crisis económica de este año muestra un mundo sumamente ramificado y complejo. En el futuro, los hechos afectarán a todas las facetas de nuestras vidas. En tercer lugar, su impredecibilidad, producto de la interacción continua de diferentes actores y factores, algunos de ellos no deseados. Por último, todo lo anterior implica un nivel de riesgo alto, tanto para las sociedades como para los individuos.

Esta dinámica y veloz evolución no hace imposible vislumbrar dos paradigmas estratégicos en los que, quiera o no, deberá moverse la Europa futura. En primer lugar, un mundo en el que las interdependencias económicas, los beneficios de la globalización, y el aumento de posibilidades y prosperidad para los individuos darían como resultado una mayor cooperación y menores enfrentamientos. La globalización haría posible instaurar un orden mundial pacífico en el que se respetasen los principios básicos de nuestra cultura y forma de actuar occidental, con una expansión progresiva del libre mercado y de la democracia liberal.

Asistiríamos así a una oportunidad histórica de expandir el reino del progreso y de la paz al mismo tiempo. En el futuro, viviríamos un el avance de las democracias frente a las dictaduras, el militarismo o el fundamentalismo. Desde este paradigma, que podríamos llamar neo-kantiano, la interdependencia económica supondría la cooperación frente a la confrontación. El papel de las instituciones multinacionales sería ayudar a consolidar ese clima de entendimiento global. El poder sería más bien soft-power; todos los problemas del mundo serían solamente problemas de gobernabilidad mundial.

En segundo lugar, está una visión que podríamos llamar neo-hobbesiana, mucho más pesimista que la anterior. En lugar de una creciente integración pacífica gracias a la economía, surgiría un universo donde sigue imperando el caos, la anarquía, la ausencia de un poder superior a los estados, y la persistencia de la violencia y el fanatismo en numerosas regiones del globo, especialmente Oriente Medio.

Frente a las crecientes y peligrosas amenazas -el terrorismo islámico, la proliferación de armas de destrucción masiva-, sería más necesario que nunca un estado fuerte, que gaste lo suficiente y de manera apropiada en su

defensa y que actúe, incluso unilateral y anticipadamente si es necesario, para proteger a los suyos y a sus aliados. No primará lo económico, sino las relaciones de poder, incluidas las de poder militar. Desde este punto de vista, América será la única posibilidad de salvar al mundo occidental de las amenazas a las que se enfrenta, porque sólo ella tendrá el poder suficiente para hacerlo.

Se trata de dos paradigmas ideales, que nos permiten formular la pregunta: ¿Cuál de estas dos visiones será más pertinente para explicar, reflejar y entender el mundo al que se enfrentará Europa en los próximos treinta años? No hay todavía una respuesta definitiva al respecto. Pero hay dos fenómenos globales que apuntan a que el mundo será más hobbesiano que kantiano. El primero, el terrorismo islámico, su virulencia y su persistencia a lo largo del mundo. La guerra contra el terror islamista será muy larga, y su erradicación depende tanto de victorias militares operacionales como de persuasión y cambios sociales que se entreen complejos, difíciles y lentos de acometer y lograr.

El segundo, la voladura del régimen de no proliferación y la voluntad del régimen iraní para dotarse de ingenios nucleares puede hacer que de unas pocas potencias nucleares declaradas se pase muy rápidamente a más de una docena. Por primera vez desde 1945, el arma nuclear pasará a ser considerada, no como un arma de disuasión, sino de uso real y efectivo. Con regímenes agresivos en poder de la bomba, las consecuencias estratégicas, políticas, psicológicas y humanas de una guerra nuclear nos hacen pensar en un mundo apocalíptico.

Si a esto sumamos la posibilidad real de que terrorismo islámico se haga con sistemas de destrucción masiva, el futuro que nos aguarda se vuelve aún más negro. Si se impone este paradigma, deberíamos jugar con dos escenarios alternativos en los que se tendría que mover Europa de aquí en tres decenios.

El primero, es un escenario en el que el radicalismo islámico pierde la guerra en Iraq y Afganistán, se frena la proliferación nuclear y avanza la lucha contra la pobreza y la tiranía. Si en 1999 la mayor preocupación del mundo era el crash informático del cambio de milenio y después la crisis financiera de 2008, un mundo pacífico, rico y cooperativo podría dedicarse plenamente a lo que preocupa a la clase dirigente europea: el deshielo de los polos, la capa de ozono, el crecimiento sostenible, la ayuda al desarrollo. Con un bigbang nuclear mundial, con múltiples actores nucleares, Europa se encerraría en sus obsesiones actuales, ajena a los peligros que le rodean. En este caso, Europa se deslizaría lentamente hacia una muerte dulce. Llegaría un momento en que los europeos se despertarían averiguando de repente que habrían dejado de serlo, pero sería de manera suave y pacífica.

La alternativa, en el otro extremo, es un mundo en el que todo haya salido mal; retirada norteamericana de Iraq, derrota en Afganistán, nuclearización

de Irán, radicalización del mundo musulmán y emergencia agresiva de Rusia y China. La guerra en el exterior, la amenaza terrorista y las crisis continuas dentro y fuera de Europa, constituirían la situación normal en un mundo en crisis. En este segundo modelo, el descenso europeo no sería dulce y progresivo, sino abrupto y crítico, envuelto en violencia social y política, dentro y fuera de ella.

Entre un modelo y otro pueden situarse una infinidad de casos y combinaciones. Pero de cara al carácter que puede tener Europa en el año 2030 o 2050, desde GEES creemos que se pueden señalar cuatro figuras ideales.

2. La Europa islámica o “Europeistán”

Los indicadores demográficos indican que Europa a final de siglo será musulmana. El abandono moral, el suicidio demográfico, la desidia e indolencia defensiva son síntomas claros de crisis de una civilización. Si dentro de cincuenta años existe la civilización occidental, no hay ninguna duda; ésta no estará radicada en Europa. Por el contrario, si dentro de cincuenta años existe de un Islam poderoso, tampoco cabe duda; Europa formará parte de él.

Dos fenómenos empujan a Europa a convertirse en Europeistán. El primer fenómeno, como se ha dicho, es la previsible evolución demográfica. Mientras la población europea envejece y va disminuyendo, la población musulmana en Europa es cada vez más joven y cada vez más amplia. Los europeos cada vez tienen menos hijos, y los tienen cada vez más mayores. Por el contrario, la población musulmana tiene hijos a edad temprana, y cada vez más hijos. Demográficamente, la invasión islámica de Europa es incuestionable. Mientras los europeos evitan pensar en ello, los islamistas cuentan con ello en sus pronósticos.

El segundo fenómeno es moral e intelectual. En primer lugar, la población europea vive obsesionada en el relativismo. No cree que existan formas de vida mejores que otras, le da igual una cosa que la contraria. No considera que el Imperio de la Ley o el Estado de Derecho sean superiores a otras formas de organización. No consideran el cristianismo algo valioso. Europa está educando a sus hijos para no creer en nada. Por el contrario, la población musulmana tiene clara la superioridad moral del Islam, y cree firmemente en la superioridad de las instituciones islámicas. Además, el bienestar económico y el relativismo hacen que la población europea no se preocupe del futuro, del futuro de sus hijos. Vive instalada en el instante, y le da igual lo que venga después. Por el contrario, la población musulmana tiene una clara conciencia de comunidad de valores y de continuidad en el futuro.

Esta dialéctica histórica y cultural es real, y proporciona una superioridad indudable a la cultura musulmana en Europa. La islamización europea será un hecho a final de siglo. Habrá pocos europeos, sin creencia alguna y sin ideas para el futuro. Por el contrario, los musulmanes serán mayoría, tendrán las cosas claras y querrán configurar Europa a su gusto; una Europa islámica. Los dos elementos, la fortaleza moral y demográfica islámica, y la debilidad moral y demográfica europea, no dejan lugar a dudas: dentro de cincuenta años Europa será un apéndice del Islam. Conforme la demografía y la ideología islámica se vayan imponiendo, irán cambiando las instituciones liberal-parlamentarias hacia instituciones compatibles y derivadas de la sharía. Institucional, social y culturalmente, Europa se convertirá irremediabilmente en "Europeistán".

3. La muerte lúdica o "EuroTitanic"

En los próximos decenios, podemos asistir a un deterioro progresivo de Europa no tan agudo ni directo. Puede irse agotando sin más, lo que depende de dos cuestiones. En primer lugar, el ritmo de declive del bienestar económico europeo. Y en segundo lugar, el ritmo del derrumbe moral, ideológico, diplomático y estratégico.

En este escenario, Europa no sufrirá una gran invasión, no perderá el acceso a materias primas esenciales, ni sus instituciones sufrirán cambios revolucionarios en poco tiempo. Simplemente Europa habrá decidido voluntariamente extinguirse, sin preocuparse por el futuro de sus hijos. Pese a lo que los europeos creen, las civilizaciones nacen, se expanden y mueren si no se las cuida. En el caso europeo, el declive se inició en el siglo anterior. Lo novedoso es la aceptación voluntaria del suicidio como opción aceptable e incluso deseable por parte de la sociedad europea.

En los próximos decenios Europa frenará como buenamente pueda su bienestar económico; no existirán grandes crisis económicas o sociales, la abundancia material se agotará muy poco a poco. Mientras otros continentes pugnarán entre sí, Europa se irá deslizando poco a poco hacia el olvido, lo que no importará a los europeos, que serán cada vez menos y cada vez más viejos. Europa está ya voluntariamente inmersa en un plácido descenso al sótano de la historia.

Los europeos asumirán paulativamente su progresivo deterioro, sin mayor ambición que seguir disfrutando de la vida. Como en el caso del Titanic, la orquesta europea seguirá tocando mientras el Viejo Continente se hunde poco a poco. A su alrededor, otras potencias decidirán el rumbo de la humanidad, pero a los europeos les dará igual, puesto que ya no tendrán ganas para decidir sobre su propio destino.

Europa será una región jubilada, alejada de las grandes cuestiones internacionales; habrá dejado de contar. Las potencias, en América o Asia, verán a Europa convertida en un lugar donde poder pasar las vacaciones, pero cuyo futuro no les importará demasiado. Ya hoy Europa se está reduciendo a un hedonismo despreocupado. En las próximas décadas, será a lo sumo un lugar donde gastar el dinero sin preocupaciones, un lugar de paso, una región decadente de la que no preocuparse demasiado.

Europa será una región que evolucionará al rebufo de las grandes cuestiones mundiales. Nadie contará con ella, porque nada tendrá ni querrá ofrecer al mundo. Quedará a merced de las decisiones que los grandes actores tomen por ella. Éstas irán por otro lado, y Europa gozará o sufrirá sus consecuencias sin capacidad de reacción.

4. El “Gran Hermano” europeo

Pero el futuro europeo no dependerá sólo del exterior. La propia deriva de sus sistemas políticos e institucionales, la legitimación de sus regímenes conduce a un tercer escenario posible: un espacio despótico antiliberal y antidemocrático de sumisión inhumana de la persona al Estado. Dos factores pueden hacer deslizarse a Europa por este camino; el relativismo y la burocratización continua de sus instituciones.

El relativismo europeo se caracteriza por dos cosas; primero, renuncia a principios o ideales fuertes. Y segundo, va más allá, y persigue a estos principios y a quien los defiende. Hoy ya en Europa se excluye todo valor que no surja del diálogo democrático. Valga el ejemplo del laicismo: hoy ya se han deslegitimado ideas o valores que no surjan del “diálogo”, la “tolerancia” o la “democracia”. En la Europa actual, todo lo que no se derive de la “ideología democratista” se está deslegitimado. Los valores y principios absolutos se encierran en el ámbito de lo privado, quedando lo público regido por una “moral pública”.

Esta reducción de las creencias al ámbito de la vida privada deja en manos de lo público la definición de lo que está bien o está mal. En el futuro, no serán los ciudadanos los que vigilen las instituciones y les digan qué hacer, sino que ocurrirá al contrario, serán las instituciones las que impongan a los europeos qué es el bien o el mal. Desde este punto de vista, el relativismo actual europeo es el germen del totalitarismo futuro. Vaciados de cualquier ideal supremo, de cualquier creencia trascendental, los europeos se habrán convertido en materia moldeable por sus instituciones, comunes o nacionales. No dirán a su gobierno qué debe hacer, sino que será éste el que se lo diga a ellos.

A esto hay que unir dos factores. En primer lugar, burocratización de las instituciones europeas y de las de los propios países miembros. La política

cada vez más se encuentra enrollada en una maraña burocrática, donde las decisiones se despersonalizan y se despolitizan. Los europeos se enfrentan cada vez más a una maquinaria legislativa y burocrática despersonalizada y cada vez más autónoma. Cada medida institucional –nacional y comunitaria– profundiza más en este problema. Las consecuencias de esta burocratización serán enormes: la ley no estará en función de la vida política, sino que será más bien al revés; el ciudadano se verá inmerso en una asfixiante telaraña administrativa en la que se le hurtarán cada vez más decisiones que le correspondería tomar a él.

En segundo lugar, el progreso técnico proporcionará al Estado un potencial para manipular al ser humano como nunca ha existido. En el futuro, las técnicas de manipulación genética y el poder sobre la vida y la muerte determinarán la vida de los europeos. Las tendencias actuales muestran a unos europeos permisivos con el aborto y receptivos a la eutanasia. Cada vez, los Estados buscan matar más y mejor. Los seres humanos se están reduciendo a materia biológica, sometido a criterios de funcionamiento mecánico. A estas tendencias médicas o biológicas, se une el hecho de que la técnica psicológica proporciona cada vez más técnicas de propaganda y manipulación sobre las sociedades. En el futuro, los poderes públicos podrán determinar cada vez más las reacciones de individuos y sociedades, y tendrán poder sobre el nacimiento y la muerte de los ciudadanos.

Europa se habrá convertido en una pesadilla despótico-tecnocrática. Sus habitantes se ocuparán sólo de sus asuntos privados, sin preocupaciones ni creencias éticas, religiosas o ideológicas. Serán tratados como materia biológica y psicológica con la que experimentar y moldear por parte de un Estado omnipresente que regulará su nacimiento, su vida y su muerte. Un entramado burocrático-técnico sobre el que no tendrán control alguno les proveerá de la “felicidad” necesaria, entendida como la satisfacción de las necesidades fisiológicas y psicológicas primarias.

5. Eurolandia

Europa Tiene tras de sí una historia de apertura al mundo; ha civilizado tribus, ha convertido pueblos y ha democratizado naciones. Posee una historia que es la historia del hombre. En su personalidad se suman el genio griego, el impulso romano, la moral cristiana. Posee el mayor legado de la humanidad en lo relativo a la ciencia, el arte, la filosofía o la técnica. Desde este último modelo, Europa quedará reducida sólo a ello.

Europa puede convertirse también en un recuerdo de sí misma, un lugar e el que el mundo contemple el pasado sin mezclarse con él. Europa puede acabar convertida en la Europa-museo, un lugar por el que el mundo pasee observando el pasado para luego abandonarla y seguir con las

preocupaciones diarias: Europa será Eurolandia. El valor de Europa dentro de cincuenta años será sólo testimonial; el lugar en el que se recuerden el Imperio Romano, Leonardo da Vinci, la Revolución Francesa, el I Reich o la Segunda Guerra Mundial. Será un inmenso souvenir de dos mil años de historia.

La única aportación al mundo de Europa será una experiencia pasada que otras regiones más pujantes observarán sin mayores repercusiones. Europa será, en sentido estricto, el Viejo Continente: acumulará historias e historia, incluso afeará la conducta a otros actores internacionales, pero será incapaz de hacer nada más. Se dedicará a dar las lecciones morales que imparte quien ya es demasiado anciano para hacer otra cosa que dar consejos. Se mostrará orgullosa de tener mucha vida a sus espaldas y de haber aprendido de ella, pero no podrá hacer otra cosa más que enseñársela a los demás. El resto de regiones escucharán con mayor o menos atención a una Europa anciana. Y ésta, en cuanto tal, quedará a merced de las decisiones y acciones que tomen las regiones y estados más jóvenes a su alrededor.

Si decíamos que el paradigma neokantiano y el paradigma neohobbesiano son dos modelos ideales entre los que se moverá el mundo estratégico del futuro, estos cuatro modelos de la Europa de dentro de cincuenta años son también ideales. En realidad, en el año 2050 Europa puede ser una mezcla de varios de ellos. Puede convertirse en un continente islamizado en el que pervivan bajo el liderazgo musulmán restos de su pasado cultural e histórico. Puede convertirse en un continente jubilado de la historia pero alegre y despreocupado. Puede también caer bajo un despotismo tecnocrático muy amable para el trismo.

En cualquiera de los casos, la Europa de 2050, la Europa de nuestros hijos, no tendrá nada que ver con la Europa de sus padres y abuelos. Será una Europa más pobre, más débil, más inmoral y más decadente. Estará más expuesta a los peligros, tanto internos como externos. Su proceso de derrumbe moral en el interior afectará al exterior, y la situación exterior lo agravará. Su papel, por primera vez en toda su historia, consistirá en acomodarse a los cambios que otros hayan decidido por ella.

3. LEVÁNTATE, EUROPA

DIEZ NECESIDADES PARA LA EUROPA FUTURA

La conclusión a todo lo anterior es que Europa camina directa al precipicio. Cuando se supone que ha llegado al máximo esplendor, nos damos cuenta de que en realidad está en la máxima decadencia. Pero conviene aclarar que los pesimistas no tienen razón: No todo está perdido, y el proceso de decadencia mostrado en páginas anteriores no es irreversible. El declive de Europa no tiene porqué ser definitivo, y la cultura europea no tiene porqué estar sentenciada.

No hace falta tampoco un milagro para salvar a los europeos. En otros momentos de su historia, Europa ha estado amenazada, incluso físicamente, y ha salido adelante en otras ocasiones. En el siglo anterior, su enemigo llegó incluso a ser ella misma, provocándose a sí misma dos guerras mundiales y una guerra ideológica total. Pero la solución no está en la pasividad ni en la apatía, sino justo en lo contrario: la creencia en valores. Las grandes gestas de su historia se han realizado desde la grandeza moral y política fruto de unas creencias sólidas.

Europa no ha llegado hasta donde lo ha hecho desde el relativismo, el multiculturalismo y el pensamiento débil. Más bien si ha llegado hasta aquí es justo por lo contrario. Por la convicción en el valor objetivo de la verdad y del bien, por la creencia en la superioridad de su legado cultural, que entre otras cosas rechazaba la mentira, el error, la cobardía, el oportunismo, la tiranía. Europa ha cometido errores en el pasado, pero nunca el error de pensar que todo da igual y que da lo mismo una cosa que otra.

Es hora de que los europeos se pongan manos a la obra: el diagnóstico es duro y descarnado. Sólo siendo realistas, reconociendo la situación enferma de Europa, podrá ponerse remedio a la situación. Europa puede seguir gozando de bienestar económico y social, de unas instituciones democráticas, de una seguridad más o menos aceptable. Europa no tiene porque perder el tren del siglo XXI, pero para ello deberá reconducir su deriva actual. Son varias las cosas que los europeos deberán hacer.

Hoy, el relativismo y el subjetivismo moral son uno de los peligros para la democracia europea, y causa de la erosión de su Estado de Derecho. Éste no es moralmente neutro; presupone una ética y una moral que es necesario rescatar. Existen actos buenos en sí y actos malos en sí; acciones mejores que otras, y elecciones más acertadas o más equivocadas. Es hora de reivindicar la existencia de una jerarquía de valores, de la superioridad de unos principios sobre otros. Empezando por el carácter sagrado de la vida, en

cualquiera de sus etapas. Además, es necesario elevar el discurso moral e intelectual europeo. Hay que blindar el carácter sagrado de la conciencia, la recuperación de la excelencia racional, y la exigencia de la responsabilidad en el acto libre: En primer lugar, hay que superar el relativismo moral e intelectual de Europa, porque no hay libertad si no se cree en el bien ni en la verdad.

Esto exige, sobre todo, el rearme ideológico y moral de Europa, que debe empezar en la educación de los europeos. Es necesario eliminar la enfermedad relativista de la educación europea. Hay que volver a las fuentes de su cultura: la filosofía griega, el pensamiento romano, la moral judeocristiana. Nunca se debió abandonar la veneración hacia estos tres pilares culturales europeos, y de su abandono vienen nuestros males. Los europeos deben salir de sus centros de enseñanza conscientes de los errores del pasado, pero orgullosos de su historia. Ser realistas respecto al pasado de Europa incluye ser conscientes de que Europa ha aportado al mundo mucho más de lo que ha restado: En segundo lugar, hay que superar el complejo de culpabilidad europeo, porque Europa no tiene motivos para estar avergonzada de su pasado.

Además, es necesario convertir la educación europea en una educación de calidad. Nunca como hasta ahora los europeos han tenido más recursos educativos, y nunca como hasta ahora la educación ha ido peor. Es necesario instaurar una cultura del esfuerzo, del trabajo, de la excelencia, de la recompensa. Los colegios y universidades deben volver a ser centros de transmisión de saberes y valores, de excelencia intelectual y moral. Los europeos deben recuperar dos conceptos: En primer lugar, el de la autoridad hacia los mayores y hacia quienes transmiten el saber. Y en segundo lugar, el del respeto a la tradición, el legado heredado de los padres y antepasados. En tercer lugar, la supervivencia de la cultura europea pasa por la revalorización pública y política de los dos conceptos culturales básicos: autoridad y tradición.

El bienestar europeo es posible por la existencia de un marco jurídico e institucional situado por encima de discusión: el Estado de derecho, el Imperio de la Ley. Sin recuperar la credibilidad de ellos y la confianza de los ciudadanos en las leyes, no habrá nada que hacer. Europa debe hacer cumplir la ley. Primero en su interior, a los ciudadanos europeos y a los que llegan del exterior. La igualdad de todos ante la ley debe hacerse cumplir en cualquier caso o lugar. Hay que terminar con la política de multiculturalismo y de discriminación positiva que, de hecho, discriminan y marginan a unas personas en beneficio de otras.

Por supuesto, el carácter incuestionable de las instituciones europeas, tanto nacionales como comunitarias, incluye la exigencia de responsabilidad a gobernantes y políticos. Éstos han perdido el respeto a las instituciones, utilizadas con carácter instrumental. No es de extrañar que la sociedad

Europea sospeche de ellas y las rechace. Si Europa no quiere disolverse dentro de cincuenta años, es hora de que las instituciones recuperen el prestigio perdido, y que el liderazgo político tenga como finalidad mantenerlas y asegurar su supervivencia. En cuarto lugar, Europa debe volver a creer en el carácter incuestionable de sus propias instituciones, que son de las que depende el bienestar social y económico de los europeos.

De haberse comportado en el pasado como en el presente, Europa no sería lo que hoy es. No habría llegado a donde lo ha hecho sin estar abierta al mundo, sin hacer suyos los problemas de la humanidad y tratar de resolverlos. Las grandes empresas europeas han impulsado a la humanidad hacia delante, y no sólo no hay motivo para avergonzarse, sino para enorgullecerse. Cada vez que ha sido ambiciosa, que ha aspirado a mejorarse a sí misma y a los demás, lo ha conseguido. Cuando renuncia a sus valores, Europa decae, tanto en el interior como en el exterior. Hoy, sin proponerse objetivos ambiciosos, renunciando a valores ilusionantes, Europa se está pudriendo.

Europa debería volver a recuperar un liderazgo cada vez más perdido. En quinto lugar, debe recuperar el orgullo de sí misma. Debe abandonar el absurdo complejo de culpabilidad respecto a su pasado colonial. De hecho, su colonialismo ha producido más beneficios que problemas a las colonias, y aquellas más colonizadas gozan hoy de un bienestar político y social mayor. Y hoy, allí donde las democracias occidentales extienden su influjo, la situación mejora. Europa debe intervenir más allá de sus fronteras, y debe hacerlo sin complejos.

Para ello, Europa debe hacerse respetar. Debe cumplir sus compromisos internacionales, y exigir que los demás los cumplan. Debe recuperar la lealtad perdida con sus aliados, y debe exigir cambios y progresos a aquellos regímenes despóticos y dictatoriales. Su diplomacia debe ser previsible, fiable, sólida, sin debilidades morales, culturales o sujetas a los vaivenes del cortoplacismo y la oportunidad. Europa debe volver a ser tomada en serio.

Para que la diplomacia europea recupere su papel, Europa debe ser capaz de proyectarse estratégicamente por todo el mundo. Sin una capacidad militar adecuada y sin la voluntad de usarla, la diplomacia pierde credibilidad. En sexto lugar, urge dotarse de los instrumentos militares y estratégicos adecuados para que la diplomacia no se quede en palabras, sino en hechos. Hace falta una fuerza militar capaz de intervenir decisivamente en cualquier parte del mundo con garantías de éxito. Y ello en beneficio, tanto de los propios europeos como de aquellos seres humanos encerrados en regímenes despóticos o en regiones caóticas.

Además de ambición diplomática y esfuerzo estratégico, Europa debe utilizar un tercer pilar para que el siglo XXI sea también suyo: la apuesta definitiva

por la libertad económica, el único instrumento capaz de proporcionar bienestar y prosperidad a los seres humanos. En séptimo lugar, la apertura del mercado europeo, la construcción de áreas de libre intercambio con otras regiones serán necesarias para, en primer lugar, mantener el bienestar de los europeos, y en segundo, para lograr que otros países accedan a él.

Europa es el corazón histórico y cultural de occidente. Pero va camino de dejar de serlo, entre otras cosas por la propia actitud europea de segregación del espíritu occidental. Los valores europeos son inseparables de los de Norteamérica. Estados Unidos y Europa representan el triunfo de la democracia, de la libertad y del bienestar económico. Precisamente por eso son atacados. En octavo lugar, lo económico, en lo institucional y en lo defensivo, el futuro europeo pasa por estar junto al aliado norteamericano y junto a todos aquellos que comparten los valores occidentales. Dentro de cincuenta años, Europa será atlántica o no será.

Se quiera o no, occidente es sinónimo de democracia. Y ésta, ante los retos que se le plantean, sólo es posible con el esfuerzo común en promover los derechos humanos con lealtad a la única potencia capaz de embarcarse en esta misión. En primer lugar, Europa debe comprometerse a defender con sus aliados sus regímenes democrático-parlamentarios; en segundo lugar, debe imponerse la misión histórica de exportar, promover y defender la democracia por otras regiones del mundo. En el siglo XXI, ésta es la misión que debe llevar a cabo Occidente.

Para ello es necesario que Europa tenga la voluntad de realizar el esfuerzo necesario en políticas de defensa, de cooperación con Estados Unidos en su voluntad de hacer frente a las amenazas. Los europeos deben dotarse de unos instrumentos militares adecuados; para defenderse a sí mismos y para defender a sus amigos y aliados por el mundo. La revitalización de la OTAN como encarnación diplomático-estratégica del vínculo occidental es una necesidad incuestionable. En la "Alianza por la libertad", los europeos deben jugar un papel activo y leal.

Occidente no es sólo sinónimo de democracia: es también sinónimo de bienestar. Y lo es gracias a la existencia del único sistema económico capaz de generar riqueza y eliminar riqueza: el libre mercado. El libre mercado es el sistema económico que mejor se ajusta a la naturaleza humana. Por eso Europa debe, por un lado, apostar definitivamente por la culminación del Mercado Único. Y por otro debe impulsar por fin el área atlántica de Prosperidad.

La historia europea está repleta de gestas desprendidas y generosas en el mundo. De sacrificios en nombre de grandes ideales que llevaron civilización y progreso al mundo. Su pasado tiene historias negras, pero en el cómputo general, los europeos pueden sentirse orgullosos de su pasado. En cierto modo, la actitud histórica de Europa, de apertura al mundo, anticipó la globalización. Hoy ésta es un hecho incuestionable que determina la vida de las personas en todo el mundo. Por eso Europa tiene cierta responsabilidad con todas ellas.

Hoy no es posible permanecer impasible ante los desmanes del mundo, y en este escenario Europa debe volver al pensamiento fuerte en defensa de los valores democráticos y la acción decidida hacia ellos. Europa no puede actuar como si no existiesen personas privadas de su libertad en el mundo. La libertad no es gratis, y es costosa. En noveno lugar, Europa debe apoyar a quienes sufren su privación, ayudar a disidentes en países, a políticos demócratas acosados por sus creencias moderadas deben ser el pilar de la diplomacia europea.

Además, encerrarse en sí misma ya no es una opción para Europa. Su libertad se juega en lugares antes remotos, que la globalización ha hecho cercanos. Sin combatir a los regímenes totalitarios, sin perseguir a los grupos radicales, el barbarismo estallará dentro de sus fronteras. Expandir la democracia y la libertad no sólo es un mandato moral; es una necesidad estratégica para Europa.

La libertad de millones de personas en el mundo depende de Europa. Y no es menos cierto que la libertad en Europa depende de la libertad en el mundo. Necesidad y responsabilidad de la que Europa ni puede ni debe huir. La Europa del siglo XXI deberá ser una Europa por la libertad o no será. Europa no tiene que hacer nada que no haya hecho antes y que no esté capacitada para hacer. Por eso en décimo lugar, Europa sólo tiene que ser ella misma.

POST SCRIPTUM:

CRISIS FINANCIERA: COMO LAS INSTITUCIONES EUROPEAS PROFUNDIZAN EN LA DECADENCIA EUROPEA

Desde cierta perspectiva histórica, el estallido de la crisis financiera en el año 2008 y la reacción europea a ésta no han supuesto históricamente ninguna novedad. Sólo ha puesto de manifiesto de manera aguda los problemas que paralizan Europa, y que hemos visto encarnarse en la crisis demográfica, estratégica, educativa o económica: La alergia que los responsables europeos tienen a un concepto de Europa fuerte, basado en principios y valores intelectuales y morales sólidos. Y el miedo a afrontar de cara y con voluntad decidida los problemas que se le presentan.

La reacción europea a la crisis ha sido sumamente cobarde e irresponsable. Cobarde porque sus instituciones han evitado en todo momento afrontar los problemas financieros reales tal y como eran, hasta que ya no podían escapar de ellos. Sus dirigentes, más pendientes de las apariencias y del sostenimiento del aparato burocrático, evitaron encarar el problema hasta que no fue posible evitarlo más. E irresponsable porque una vez puesto sobre la mesa, las instituciones y sus responsables políticos han ofrecido soluciones cortoplacistas, pensadas para tranquilizar a la opinión pública europea y no para solucionar de verdad los problemas. Su solución es más intervencionismo, más burocracia, menos protagonismo de los ciudadanos, más de la administración. Desgraciadamente han comportado tal y como Europa está acostumbrada a comportarse, escondiendo la apatía y la falta de ideas con palabrería y propaganda europeísta.

En primer lugar, en esta crisis la Unión Europea ha dado muestra de una ausencia total de liderazgo. Al principio, sus líderes fueron incapaces de reconocer que su economía podría tener problemas, y -contra toda evidencia- esperaron a ver si sólo alcanzaba a los Estados Unidos. Después, la presidencia francesa con Sarkozy ha sido incapaz de forjar un acuerdo de mínimos entre sus miembros. La incapacidad europea se pone de manifiesto, además, por el hecho de que haya sido Gordon Brown y Gran Bretaña -un país que no está en la zona euro- el que acabe imponiendo su visión de cómo afrontar el problema. Una visión que, por otro lado, es ajena a las necesidades económicas de los europeos, y cuyo intervencionismo acrecentará los problemas futuros de una economía europea que está ya saturada de intervención estatal.

La crisis ha puesto de manifiesto la falta de liderazgo que sufren tanto la Unión Europea y las instituciones comunitarias como las instituciones nacionales. Las intervenciones y pseudonacionalizaciones muestran una incapacidad manifiesta de pensar en el futuro europeo, en la necesidad de

abordar las reformas necesarias para revigorar una economía cada vez más parada. Desgraciadamente, las instituciones y sus representantes carecen de sentido histórico, de proyectos ambiciosos y de valores y principios sólidos. Actúan de manera cortoplacista, guiados por las necesidades del momento y por los vaivenes de la opinión pública. No sabemos si creen en las medidas tomadas, pero sí que con ellas lo único que hacen es postergar el problema para más adelante.

En segundo lugar, la falta de una política concertada y única ante la crisis ha mostrado que, llegadas las circunstancias, los países europeos actúan cada uno por su cuenta. La tan celebrada unidad europea ha resultado ser un cascarón vacío. La crisis ha sido el pistoletazo de salida del sálvese quien pueda: Irlanda rompió de hecho con la zona euro, cuando decidió garantizar los fondos a los bancos, nacionales o extranjeros que operan en su territorio. Desató así las iras de los demás. Después, Alemania, Holanda y otros países adoptaron medidas de apoyo a sus respectivos sistemas también de manera unilateral y sin concertación.

La débil unidad europea sale gravemente comprometida de esta crisis, porque ha demostrado que, a las primeras de cambio, los europeos no sólo reaccionan tarde, sino que lo hacen cada uno por su cuenta. Esto ya ocurría en otros aspectos -política exterior, de seguridad y de defensa, mercado único, inmigración-, pero ha sido ahora cuando la falta de unidad ha saltado a la vista de los ciudadanos. El comportamiento de políticos e instituciones europeas sale deslegitimado de los últimos acontecimientos, y se suma a lo ocurrido con el rechazo popular al Tratado Constitucional Europeo.

En tercer lugar, los mandatarios europeos han derrochado retórica europeísta, han hablado mucho de reformar el sistema financiero mundial, pero a la hora de la verdad lo que han hecho es seguir a los americanos en sus decisiones. Ello después de mostrar antiamericanismo culpando a los Estados Unidos de una crisis que es tan europea como americana, escapando a las propias responsabilidades que a Europa le corresponden en esta crisis.

Pero más allá de la retórica europea, lo cierto es que Europa no podrá salir sola de esta crisis, y necesita la concertación económica con Estados Unidos y otras potencias económicas. Y eso que la salud económica norteamericana es mejor que la europea en relación con la producción, el trabajo o el crecimiento económico. Como comentamos en el informe a propósito de la seguridad y la defensa, por ejemplo, Estados Unidos será capaz de sobrevivir económicamente sin Europa, mientras que ésta será capaz de salir de la crisis sin los americanos. Pero los europeos se muestran incapaces de ver esta realidad, e incluso parecen dispuestos a dar lecciones sobre economía a los demás.

De hecho, los dirigentes europeos se dedicaron –sin ideas- desde el comienzo de la crisis a observar atentamente qué hacía el tesoro norteamericano, para

actuar ellos después. Su reacción ha sido después copiar la solución americana y profundizar en sus errores. Lo cual nos lleva al problema último de la reacción europea ante la crisis. Lo más grave del asunto es que la receta nacionalizadora e intervencionista europea tiene poco que ver con la intervención americana pensada como algo transitorio y temporal, cuya finalidad es devolver el control a la sociedad lo antes posible.

No sólo eso, sino que los europeos quieren forzar ahora al resto del mundo a la solución intervencionista, que como su propia economía demuestra lo que es es un problema. Su economía lleva tiempo sin funcionar bien, su intervencionismo la paraliza y la frena, pero ahora sus responsables pretenden forzar a los demás a seguir las malas recetas del Estado de bienestar. Éste se ha mostrado como un lastre para la economía europea, pero la inconsciencia de los dirigentes europeos les ha llevado a promoverlo como la solución a los problemas.

Esta inconsciencia en la respuesta de los responsables europeos a la crisis nos remite al principal problema tratado en “Contra la decadencia de Europa”; Europa es hoy incapaz de enfrentarse a los problemas y los retos que se le presentan. En lugar de afrontarlos desde su propia tradición política y moral, desde una voluntad decidida y una apuesta decidida por sí misma y por su futuro, los afronta profundizando en los errores, vicios y problemas que la han conducido hasta aquí.

Su respuesta a la crisis financiera, lejos de frenar la decadencia europea, profundiza en ella. Y muestra la necesidad de un cambio de rumbo total, de un cambio de política radical que empiece por los más básicos principios cívicos y morales, los primeros que las élites políticas e intelectuales europeas están rechazando hoy en día.